

Gospodínov Las tempestálidas



Fulgencio Pimentel LP032

COMIENZA A LEER...

GUEORGUI GOSPODÍNNOV

Nadie ha inventado todavía una máscara antigás y un refugio antiaéreo contra el tiempo.

Gaustín. Cronorrefugio. 1939

Pero ¿a través de qué órgano percibimos el tiempo? ¿Me lo puedes decir?

Thomas Mann. La montaña mágica (Trad. Isabel García Adánez)

El hombre es la única máquina del tiempo de la que disponemos.

Gaustín. Contra las utopías. 2001

¿Dónde vivir, sino en los días...?

Philip Larkin. Días (Trad. Damián Alou y Marcelo Cohen)

Oh, yesterday came suddenly...

Lennon/McCartney

Si la calle fuera el tiempo, y él estuviera al cabo de la calle.

T. S. Eliot. The Boston Evening Transcript (Trad. Andreu Jaume)

Debería haber un momento preciso para semejante palabra: ¡ayer, ayer y ayer!...

Gaustín/Shakespeare

La novela acude de urgencia con las luces encendidas y la sirena puesta.

Gaustín. Emergency Novel. Brief Theory and Practice

... Dios hace que el pasado se repita.

Eclesiastés (3:15)

El pasado se distingue del presente en un rasgo sustancial: nunca transcurre en la misma dirección.

Gaustín. Física del pasado. 1905

En cierta ocasión, de niña, dibujó un animal, del todo irreconocible.

Qué es, pregunté.

A veces es tiburón, a veces es león y, otras veces, nube, contestó.

Ajá. Y, ahora mismo, ¿qué es?

Ahora es un escondite.

G. G. Inicios y finales

Una clínica del pasado

Y bien, el tema es la memoria. Tempo: andante, tendiendo a andante moderato, sostenuto. Probablemente la zarabanda, de solemnidad templada y con un segundo tiempo prolongado, estaría bien para empezar. Händel mejor que Bach. Repetición rigurosa a la vez que desplazamiento hacia delante. Moderado y solemne para empezar. Luego todo puede —y debe— desmoronarse.

1,

En un momento dado, les dio por computar el tiempo. Cuándo dio comienzo el tiempo, en qué momento se concibió el mundo. A mediados del xvii, un obispo irlandés, Usher, quiso ofrecer un cálculo preciso. No solo el año, sino la fecha exacta del inicio de los tiempos: el 22 de octubre del 4004 a. de C. Y cayó en sábado, por si había dudas. Algunas fuentes aseguran que Usher señaló también la hora: a eso de las seis de la tarde. ¿Sábado por la tarde? Por mi parte, lo compro totalmente. En qué otro momento de la semana, aburrido de la vida, iba a ponerse el Creador a engendrar el universo. Y a procurarse, de paso, algo de compañía.

Usher dedicó toda su vida al asunto. La obra en sí alcanzaba los dos mil folios, en latín. Dudo que muchos hicieran el esfuerzo de leerla de cabo a rabo. Sin embargo, se hizo tremendamente conocida; quizá no la obra como tal, pero sí el sagaz descubrimiento. Muy pronto las biblias de la isla empezaron a salir de imprenta indicando la fecha y la cronología de Usher. Esta teoría acerca de una tierra jovencísima —de un tiempo jovencísimo, diría yo— conquistó el mundo cristiano. Es preciso recordar que científicos de la talla de Kepler y sir Isaac Newton también dataron la obra de Dios en un momento preciso, más o menos rondando la fecha de Usher. No obstante, para mí, lo más sorprendente no es el año decretado ni tampoco su proximidad en el tiempo, sino la elección de un día concreto.

El 22 de octubre, cuatro mil cuatro años antes de Cristo, a eso de las seis de la tarde.

En algún momento en torno a diciembre de 1910 cambió el carácter humano. Lo dice Virginia Woolf. Y uno puede imaginarse aquel diciembre de 1910, en apariencia como los demás, gris, frío, oliendo a nieve recién caída. Pero se desencadenó algo. Algo que muy pocos pudieron percibir.

El 1 de septiembre de 1939, por la mañana, temprano, llegó el final del tiempo humano.

2,

Años después, cuando muchos de sus recuerdos se habrían dispersado como palomas despavoridas, él todavía sería capaz de recordar aquella mañana en la que caminaba sin rumbo por las calles de Viena y en la que un menesteroso adornado con el bigote de García Márquez vendía periódicos bajo el sol madrugador de marzo. Recordaría también cómo se levantó un poco de aire que dejó un reguero de periódicos desperdigados, y cómo quiso echar una mano y alcanzó un par para devolvérselos al vagabundo. Quédese con uno, le dijo García Márquez.

Gaustín —vamos a llamarlo así, aunque él mismo usaba este nombre como gorro de invisibilidad— conservó el periódico y tendió un billete demasiado grande para la ocasión. El menesteroso lo restregó en su mano antes de balbucear: «Yo... no tengo cambio». Sonó tan absurdo en la mañanita vienesa que los dos rompieron a reír.

Gaustín sentía por los necesitados amor y recelo, esas eran las palabras y siempre en esa dualidad. Los amaba y los temía como se ama y se teme aquello que has sido o esperas ser un día. Sabía que, tarde o temprano, se uniría a sus ejércitos, si hemos de recurrir al cliché. Imaginó por un instante las largas filas de vagabundos marchando por la Kärntner Straße, por Graben. Por afinidad, él era uno de ellos, si bien algo peculiar. Un vagabundo en el tiempo, por así decirlo. Debido a circunstancias poco menos que azarosas, se veía con la suficiente cantidad de dinero como para posponer la transformación del infortunio metafísico en sufrimiento físico.

Por el momento se servía de una de sus profesiones, la de psiquiatra gerontólogo. Sospechaba yo que hurtaba los historiales de sus pacientes para refugiarse en ellos, para establecerse durante esos lapsos en un lugar o en un tiempo ajenos. Por lo demás, en su cabeza había tal maraña de tiempos, voces y lugares que las opciones estaban claras: o se ponía de inmediato en manos de sus colegas psiquiatras o acabaría haciendo algo por lo que los mismos psiquiatras se verían obligados a encerrarlo.

Gaustín tomó el periódico, caminó hasta un banco y se sentó. Vestía borsalino y una gabardina oscura bajo la que asomaba un jersey de cuello vuelto, calzaba ajados zapatos de piel y cargaba una cartera de cuero de un noble bermejo mortecino. Parecía recién apeado de un tren proveniente de otra década. A ojos de cualquiera, habría podido pasar por un anarquista discreto, un jipi entrado en años o por predicador de alguna secta de segunda.

Pues bien, se sentó en el banco y leyó el nombre del periódico: Augustín. Edición de los vagabundos. Parte del periódico la escribían ellos mismos; el resto, periodistas profesionales. En alguna parte de la esquina inferior izquierda de la penúltima página, el recoveco más invisible en un periódico, todo el mundo lo sabía, estaba la nota. Su mirada se detuvo en ella. Una débil sonrisa que denotaba más amargura que alegría le atravesó el rostro. Tenía que volver a desaparecer.

3,

Hace tiempo, cuando al señor Alzheimer aún se lo mencionaba más que nada en chistes, «qué diagnóstico te han dado, pues era un nombre masculino, calla, lo tengo en la punta de la lengua», apareció en un pequeño periódico una de esas notas que leen cinco personas y cuatro olvidan al instante.

He aquí, en síntesis, la noticia:

Cierto facultativo de una clínica geriátrica vienesa lindante con los Wienerwald, el doctor G. —se mencionaba solo la inicial—, por más datos, aficionado a los Beatles, había decidido decorar su gabinete en plan sesentero. Primero consiguió un tocadiscos de baquelita. Después colgó pósteres de la banda, el célebre Sgt. Pepper's incluido... En algún mercadillo se hizo con un aparador viejo y lo llenó de todo tipo de cachivaches de los sesenta: jabones, cajetillas de tabaco, una colección de Volkswagen escarabajo, Cadillac y Mustang rosas en miniatura, carteles de películas, postales de actores... La nota añadía que su mesa de trabajo se encontraba abarrotada de revistas antiguas y que el propio doctor vestía un jersey de cuello vuelto bajo la bata blanca.

Como era de esperar, no había foto, la nota entera no superaba las treinta líneas, arrinconada abajo a la izquierda. El quid de la noticia consistía en que el médico se había dado cuenta de que sus pacientes con problemas de memoria remoloneaban más de lo habitual en su despacho, se volvían parlanchines; en otras palabras, se sentían cómodos. Ah, y que los intentos de fuga de la que, por lo demás, era una clínica de renombre, habían disminuido drásticamente.

La nota no tenía autor, la firmaba el equipo editorial.

Aquella era mi idea, llevaba años en mi cabeza, y ahora, por lo visto, alguien se me había adelantado. (Mi idea implicaba una novela, no una clínica, lo reconozco, pero tanto da).

Yo compraba aquel periódico callejero siempre que se me presentaba la ocasión. En parte, por afinidad hacia quienes lo escribían —una larga historia, está en otra novela—, pero también debido a la certeza —llamémoslo «superstición personal»— de que era precisamente de esa manera, a través de un trozo de periódico, como las cosas que deben sernos dichas se posan junto a nosotros o nos abofetean en toda la cara. Y en esto jamás me he equivocado.

Se decía en la nota que la clínica se encontraba en el mencionado bosque vienes, sin otros datos. Investigué los centros geriátricos de la zona. Había al menos tres. El que yo buscaba resultó ser el último, no podía ser de otra forma. Me hice pasar por periodista; se trataba de un embuste menor: contaba con la acreditación de un periódico, entraba gratis en los museos, a veces hasta escribía alguna cosilla. En realidad, ejercía el análogo —harto más inofensivo y resbaladizo— oficio de escritor, que por lo demás resulta inútil para legitimarse en estos casos.

Me costó lo mío, pero logré llegar hasta la gerente de la clínica. Cuando comprendió el motivo de mi visita, se volvió repentinamente refractaria a toda comunicación. La persona a la que busca ya no está con nosotros, desde ayer. ¿Puedo saber el motivo? Fue una renuncia de mutuo acuerdo, contesta, penetrando el intransitable lodazal del lenguaje administrativo. ¿Fue despedido?, mi sorpresa era sincera. Como le he dicho, sucedió de mutuo acuerdo. ¿Por qué quiere saberlo? Bueno, hace una semana leí en el periódico una noticia interesante... En el mismo instante en que pronuncié la frase me di cuenta de mi error. ¿Se refiere a la noticia sobre los intentos de fuga en esta clínica? Hemos interpuesto una querrela y esperamos que se retracten. Entendí que era inútil quedarme más tiempo. Entendí también el porqué de la renuncia de mutuo acuerdo. ¿Cómo se llamaba el médico?, le pregunté mientras salía, pero ella atendía ya una llamada telefónica.

No me fui enseguida de la clínica, encontré el ala de los despachos y vi a un obrero quitar el cartel de la tercera puerta de la derecha. Por supuesto, aquel era el nombre, lo había sospechado desde el principio.

Dar con el rastro de Gaustín, que cambia de una década a otra igual que nosotros cambiamos de vuelo en el aeropuerto, es una oportunidad que se presenta una vez cada cien años. Gaustín, a quien primero inventé y más tarde conocí en carne y hueso. O fue al revés, ya no me acuerdo. El amigo invisible, más visible y real que yo mismo. El Gaustín de mi juventud. El Gaustín de mi sueño de ser otro, de estar en otro lugar, de habitar otro tiempo, otras estancias. Compartíamos la misma obsesión por el pasado. La diferencia era pequeña pero significativa. Yo seguía siendo extranjero en todas partes, mientras que él se desenvolvía igual de bien en todos los tiempos. Yo aporreaba las puertas de ciertos años, mientras que él ya estaba allí, me abría las puertas, me hacía pasar y se largaba.

La primera vez que llamé a Gaustín fue para hacerle firmar tres líneas que me asaltaron sin más, de ninguna parte, como llegadas de otro tiempo. Lo intenté durante meses, pero no pude añadir nada más:

*Por la mujer el trovador fue creado
puedo repetirlo
fue ella quien creó al Creador...*

El nombre me vino una noche en sueños, escrito sobre una encuadernación de cuero, «Gaustín de Arlés, siglo xiii». Recuerdo que, todavía en sueños, me dije: esto es. Luego apareció el propio Gaustín. Quiero decir, alguien que se le parecía y a quien en mi cabeza comencé a llamar así.

Fue a finales de los ochenta. Debo de tener la historia guardada por ahí.

5, Gaustín. Primer encuentro

Así es como prefiero presentárselo. La primera vez que lo vi fue en uno de los habituales seminarios de literatura junto al mar, a principios de septiembre. Una tarde estábamos en un chiringuito de la playa, todos sin excepción escritores en ciernes, solteros, inéditos, habitantes de esa agradable franja entre los veinte y los veinticinco años de edad. El camarero apenas lograba tomar nota de todas las rakías, ensaladas mixtas y snezhanka de yogur y pepino. Cuando por fin nos callamos, abrió por primera vez la

boca el joven sentado al extremo de la larga mesa, que por lo visto aún no había podido formular petición alguna.

Una cápsula de crema, por favor.

Lo pronunció con la seguridad de quien ordena un curasao azul o un pato a la naranja.

En el largo silencio que sobrevino solo se oyó la brisa marina arrastrando una botella de plástico vacía.

¿Perdón?, acertó a decir el camarero.

Una cápsula de crema, si es tan amable, repitió él con el mismo orgullo contenido.

Nosotros también estábamos asombrados, pero muy pronto las charlas alrededor de la mesa regresaron a la anterior algarabía. Al poco los platos y las copas cubrieron el mantel. Lo último que sirvió el camarero fue un pequeño plato de porcelana con filo dorado. En medio del platito se alzaba con elegancia, o eso me pareció, la cápsula de crema de leche. Se la fue bebiendo tan despacio que le duró toda la noche.

Ese fue nuestro primer encuentro.

Al día siguiente traté de acercarme a él. A partir de ahí y durante el resto de la semana de estancia, nos olvidamos por completo del seminario. Ninguno de los dos era especialmente parlanchín, así que pudimos disfrutar de maravillosos ratos paseando y nadando, en un mutuo silencio compartido. Pese a todo, supe que vivía solo, que su padre había fallecido hacía mucho y su madre había emigrado ilegalmente por tercera vez —él guardaba la sincera esperanza de que fuese la última— a Estados Unidos.

Supe que a veces escribía historias de finales del siglo pasado, este fue el enunciado exacto que utilizó, y yo apenas pude contener mi curiosidad, fingiendo que aquello que me contaba era de lo más normal. El pasado le intrigaba en especial. Exploraba casas viejas, abandonadas, en ruinas, hurgaba en los escombros, revisaba desvanes y baúles, recolectaba todo tipo de cachivaches. De tanto en tanto conseguía vender algo a anticuarios o conocidos y así mal que bien lograba mantenerse. Pensé que su modesta comanda de la otra noche no ofrecía demasiadas esperanzas en los réditos de su oficio. Por eso, cuando me dijo de pasada que en ese momento disponía en su poder de tres cajetillas de cigarrillos Tomassián de 1937, desempolvados, calidad «doble extra», me ofrecí enseguida, como fumador empedernido, a comprarle las tres. ¿De verdad?, me preguntó. Siempre he

querido probar un Tomassián tan añejo, respondí, y él se precipitó hacia su bungaló. Deleitado, me contemplaba encender el cigarrillo con auténticas cerillas alemanas de 1928 (obsequio suyo) y me preguntaba qué sabor le encontraba yo por ventura al año 1937. Picante, acerté a responder. Los cigarrillos eran verdaderamente fuertes, no tenían filtro y producían mucho humo. Seguramente se deba al bombardeo de Guernica de aquel año, dijo Gaustín en voz baja. O al Hindenburg: fue el mayor dirigible del mundo, se incendió aquel mismo año, creo que fue el 6 de mayo, a unos cien metros de altura, justo antes de aterrizar, con noventa y siete personas a bordo. Recuerdo que los periodistas radiofónicos lloraban en directo. Semejantes acontecimientos sedimentan sin duda sobre las hojas de tabaco...

Casi me atraganto. Apagué el cigarrillo, pero no dije nada. Hablaba como un testigo ocular que solo tras muchos esfuerzos ha superado lo ocurrido.

Opté por cambiar radicalmente de tema y ese día por primera vez le pregunté por su nombre. Llámame Gaustín, dijo, y sonrió. Encantado. Ismael, contesté, para seguir con la broma. Pero pareció no oírme, dijo que le había gustado aquel poema con el epígrafe de Gaustín, lo cual, he de reconocer, me hizo tilín. Además, prosiguió muy serio, reúne mis dos nombres: Agustín Garibaldi. Mis padres nunca se pusieron de acuerdo acerca de cómo llamarme. Mi padre insistía en ponerme Garibaldi. Era su mayor fan. Mi madre, siguió Gaustín, una mujer reservada e inteligente, admiradora de san Agustín, que había cursado sus buenos tres semestres de Filosofía, decidió sumar el nombre del santo. Ella siguió llamándome Agustín, y mi padre, mientras vivió, Garibaldi. De ese modo se unieron en mí la teología temprana y la revolución tardía.

En líneas generales, con esto se agota toda la información concreta que intercambiamos en esos cinco o seis días del seminario, que ya tocaba a su fin. Ciertamente recuerdo unos cuantos silencios de especial relevancia, pero sinceramente no sé cómo contarlos.

Ah, sí, mantuvimos otra breve charla el último día. Conocí entonces que Gaustín había ocupado una casa abandonada en una pequeña ciudad en las estribaciones de los montes Balcanes. No tengo teléfono, pero las cartas sí llegan. Me pareció infinitamente solitario... e imperteneciente. Esta es la palabra en la que pensé entonces. Imperteneciente a nada en el mundo, mejor dicho, a nada en el mundo actual. Contemplamos la generosa puesta de sol, silenciosos. De los matorrales a nuestras espaldas se levantó una

nube de insectos. Gaustín los siguió con la mirada y dijo que para nosotros no era más que otra puesta de sol, pero para aquellas efímeras, también llamadas «cachipollas», era el ocaso de sus vidas. O algo por el estilo. Tontamente solté que aquello, bueno, no era más que una metáfora algo gastada. Me miró asombrado, pero no dijo nada. Solo al cabo de unos minutos dijo: Para las moscas no existen las metáforas.

... En octubre y noviembre de 1989 tuvieron lugar sucesos descritos ad nauseam. Yo pasé aquellos días manifestándome por calles y plazas. No se me ocurrió ponerme a escribirle a Gaustín, tenía otros asuntos en mente: preparaba mi primer libro, iba a casarme. Necias excusas, por supuesto, pero pensé en él a menudo. Él tampoco me escribió a mí.

Recibí la primera postal el 2 de enero de 1990. Una felicitación navideña sin sobre y protagonizada por una Snezhanka¹ que se daba un curioso aire a Judy Garland. Era la clásica imagen en blanco y negro, coloreada después a mano; la Doncella sujetaba una varita mágica que apuntaba al año 1929, impreso en gruesos caracteres. En el reverso, escritas con pluma estilográfica, podían leerse las señas y una breve felicitación con todos los *er* y los *yat* que desaparecieron del búlgaro tras la reforma ortográfica de 1945. El mensaje terminaba con un: «Me atrevo a llamarme tuyo, Gaustín». Enseguida le escribí una carta celebrando la grata sorpresa de su carta y reconociendo de todo corazón su exquisita mistificación.

Recibí una respuesta esa misma semana. Abrí el sobre con cuidado, dentro había dos folios de un verde pálido con filigranas, caligrafiados solo por un lado con la misma letra exquisita y una rigurosa observación de la antigua ortografía —si mal no recuerdo, la normativa del ministro Omárchevski de los años veinte—. Me decía que no salía a ningún lado, pero que se encontraba estupendamente. Se había suscrito al diario Zorá, «editado con la mayor objetividad por el caballero Krápchev», y a la revista Zlatorog, para estar al tanto, al fin y al cabo, de cómo evolucionaba la literatura. Me preguntaba por mi opinión sobre la suspensión de la Constitución y del Parlamento por parte del rey yugoslavo Alejandro I el día seis del mes en curso, de lo que el diario Zorá informó oportunamente al día siguiente. Concluía su carta con una posdata en la que se excusaba por no haber entendido a qué me refería con lo de su «exquisita mistificación».

Releí la carta unas cuantas veces, la estuve toqueteando y olisqueando con la esperanza de descubrir una pizca de ironía. En vano. De tratarse de un juego, Gaustín me invitaba a tomar parte en él sin ninguna indicación sobre el reglamento. Pues bien, decidí seguirle el juego. Puesto que no tenía ningún conocimiento acerca del maldito 1929, tuve que pasarme los tres días siguientes rebuscando en la hemeroteca entre los viejos números de Zorá. Me informé bien sobre el príncipe Alejandro I. Por si acaso, eché un ojo a los sucesos contemporáneos: «Trotski expulsado de la URSS», «Los alemanes firman el pacto Briand-Kellogg», «Mussolini firma acuerdo con el papa», «Francia niega asilo político a Trotski»; un mes después: «Alemania niega asilo político a Trotski», llegué incluso hasta «Wall Street se desploma», del 24 de octubre. Todavía en la biblioteca le escribí a Gaustín una breve y, según me pareció, fría respuesta en la que de manera concisa compartía mi opinión —que guardaba sospechosa similitud con la del editor, el señor Krápchev— acerca de los acontecimientos en Yugoslavia y le rogaba que me enviara las cosas en las que estaba trabajando, con la esperanza de que arrojasen cierta luz sobre qué estaba pasando exactamente.

Su siguiente carta no llegó hasta pasado un mes y medio. Se disculpaba diciendo que le había atacado «una terrible influenza» y que no había podido hacer nada. Entre otras cosas, me preguntaba si creía que Francia ofrecería asilo a Trotski. Dudé mucho de si poner fin, de una vez por todas, a toda aquella historia, pero opté por seguir un poco más. Le di algunos consejos sobre la influenza, que, por cierto, él mismo había leído en Zorá: le recomendé que no saliera y que todas las noches pusiera los pies en remojo en agua caliente saturada de sal. Dudaba mucho que Francia fuera a ofrecer asilo político a Trotski, igual que Alemania, dicho fuera de paso. A la altura de su siguiente carta, Francia, en efecto, se había negado a admitir a Trotski, y Gaustín escribía, casi eufórico, que yo poseía, en todo caso, «un olfato político colosal». Esa carta era más larga que las anteriores a causa de dos nuevos embelesos suyos. Uno obedecía al número cuatro de Zlatorog, recién publicado, en el que brillaba con luz propia el nuevo buqué de versos de la poetisa Bagriana; el segundo, a sus trabajos por reparar un radiotransmisor de la marca Telefunken. A tal efecto, me rogaba que le mandase una lámpara de repuesto marca Valvo del almacén de Dzhábarov, en el n.º 5 de la calle Aksákov. Con todo lujo de detalles describía cierta

demostración en Berlín del aparato de doce lámparas del doctor Reisser, que recibía ondas cortas y regulaba el fading de forma automática: «Con este dispositivo se podrán oír conciertos desde la misma América, ¿te lo imaginas?».

Después de esta carta decidí no contestar. Él tampoco volvió a escribirme. Ni al año siguiente, ni tampoco al cabo de dos. Poco a poco el recuerdo de la historia fue marchitándose y, de no ser por las pocas cartas que todavía conservo, yo mismo no le daría ningún crédito. Pero el destino me reservaba otra cosa. Unos años después volví a recibir una carta de Gaustín. Tenía un mal presentimiento y me tomé mi tiempo en abrirla. Me preguntaba a mí mismo si después de tanto tiempo habría entrado en razón o las cosas se habrían agravado. Abrí el sobre por la noche. Dentro había apenas unas líneas. Las cito textualmente:

Perdóname por volver a molestarte después de tanto tiempo, pero ya ves lo que está pasando en el mundo. Lees la prensa y, con tu olfato político, seguro que hace tiempo has augurado la masacre que está a punto de ocurrir. Los alemanes reúnen tropas en masa en la frontera polaca. Hasta ahora no te he mencionado que mi madre es judía (recuerda lo ocurrido en Austria el año pasado, también la Noche de los Cristales Rotos en Alemania y Austria). Este tío no va a detenerse ante nada. Estoy decidido y he hecho lo necesario para partir mañana de madrugada en tren hacia Madrid, luego a Lisboa y desde allí a Nueva York...

Adiós, de momento.

Tuyo,

Gaustín

A 14

de agosto de

1939

Hoy es 1 de septiembre.

6,

El 1 de septiembre de 1939 Wystan Hugh Auden se despierta en Nueva York y anota en su diario:

Me desperté con dolor de cabeza tras una noche de pesadillas en las que Ch. me engañaba. Los periódicos dicen que Alemania ha atacado a Polonia...

He aquí todo lo necesario para un inicio en toda regla: pesadillas, guerra y dolor de cabeza.

Estaba en la biblioteca de Nueva York cuando me topé con esta anotación en el diario de Auden, que normalmente se conserva en Londres, pero por una feliz coincidencia su archivo se encontraba temporalmente cedido.

Solo en el diario se pueden juntar lo personal y lo histórico. El mundo ya no es el mismo: Alemania ha atacado a Polonia, la guerra está empezando, me duele la cabeza y el muy imbécil de Ch. osa engañarme en sueños. Hoy, en sueños; mañana, de verdad (¿lo pensaría?). Al enterarse del engaño, recordemos, Shahriar da inicio a la gran matanza de mujeres en Las mil y una noches. Me pregunto si Auden era consciente de la cantidad de cosas que estaban registrando aquellos dos renglones, lo precisos que son, precisos de manera personal y cínica. Dos renglones sobre el día más importante del siglo. Ese mismo día, con el dolor de cabeza disipándose poco a poco, empieza a bosquejar estos versos:

*I sit in one of the dives
On Fifty-second Street
Uncertain and afraid...²*

Aquí ya el garito de la calle 52, el dolor de cabeza, el engaño y la pesadilla, el ataque sobre Polonia de aquel 1 de septiembre (viernes), todo esto ya es historia. El poema se titulará precisamente así: «1 de septiembre de 1939».

¿En qué momento lo cotidiano se vuelve historia?

Un momento, por favor. Esa frase tan citada, hacia el final del poema, «We must love one another or die»³, que a Auden le disgustaba y que no paraba de tachar, ¿no tiene que ver precisamente con ese engaño en sueños? Quién querría recordar una pesadilla semejante.

Me gustaría saberlo todo sobre ese día, un día del otoño de 1939, sentarme en las cocinas del mundo junto a cada persona, asomarme al

periódico que tiene abierto mientras se toma el café, leérmelo todo con avidez: desde las tropas reunidas en la frontera germanopolaca hasta los últimos días de las rebajas de verano y el nuevo bar Cinzano que abre puertas en el Lower Manhattan. El otoño llama a la puerta, los espacios publicitarios de los periódicos, pagados por adelantado, tienen ahora por vecinos los breves comunicados sobre la última hora en Europa.

7,

Otro 1 de septiembre estaré sentado en el césped del Bryant Park, el garito de la 52 hace mucho que no existe, acabo de llegar de Europa y muy cansado (también el alma tiene su jet lag) me dedicaré a contemplar los rostros de la gente. Llevo conmigo el pequeño volumen de Auden, nos debemos el ritual, ¿no? Tras un día en la biblioteca me siento «inseguro y asustado». Dormí mal, no soñé con ningún engaño, o tal vez sí, pero se me ha olvidado... El mundo se encuentra en el mismo grado de angustia, el sheriff local y el sheriff de un país lejano se lanzan mutuas amenazas. Lo hacen vía Twitter, en unos pocos caracteres. Ni rastro de la vieja retórica, ni rastro de la elocuencia. Maletín, botón y... se acabó el día laboral para el mundo. Un apocalipsis burocrático.

Sí, ya no están los antiguos garitos ni los maestros antiguos, la guerra que entonces era inminente ha pasado también, han pasado otras guerras, la angustia es lo único que permanece.

«I tell you, I tell you, I tell you we must die».

En algún lugar cercano sonaba el tema de los Doors y de repente me pareció que allí había una conversación secreta, que Morrison en realidad hablaba con Auden. Y como si ese preciso estribillo, esa réplica, resolviese el titubeo en la línea menos favorita de Auden: «We must love one another or die». En el caso de Morrison ya no hay titubeo, la respuesta es categórica: «I tell you we must die».

Pronto descubro que, en realidad, la canción la escribió Brecht ya en 1925, con música de Kurt Weill. El propio Weill, en 1930, la interpreta de la manera más deslumbrante, al borde de lo terrible...Y esto no hace sino enredarlo todo aún más. Auden toma y le da la vuelta a la línea de la canción de Brecht; de hecho, le está hablando. Tanto Brecht, en 1925, como Morrison, en 1969, caminan tras la muerte. «Hazme caso, debemos morir». Comparado con ellos, parece que Auden todavía nos está dejando una

oportunidad: «amarnos o morir». Solo antes de las guerras, incluso en vísperas de ellas, uno es propenso a conservar la esperanza. El 1 de septiembre probablemente el mundo todavía se habría podido salvar.

Llegué aquí de urgencia, como suele uno llegar a Nueva York, huyendo de algo, buscando otro tanto. Huía del continente del pasado hacia un lugar que afirmaba no tener pasado a pesar de que entretanto lo había acumulado. Llevaba un cuaderno amarillo, buscaba a cierta persona, quería contar la historia antes de que la memoria me abandonase.

8,

Algunos años antes estuve en una ciudad donde no hubo 1939. Una ciudad que es buena para vivir y todavía mejor para morir. Una ciudad tranquila como un camposanto. ¿No te aburres?, me preguntan por teléfono. El aburrimiento es el emblema de esta ciudad. Aquí se han aburrido Canetti, Joyce, Dürrenmatt, Frisch e incluso Thomas Mann. Es algo presuntuoso comparar tu aburrimiento con el de ellos. No me aburro, contesto. Quién soy yo para aburrirme. Aunque en secreto anhelaba saborear el lujo del aburrimiento.

Hacia mucho que había perdido la pista de Gaustín en Viena.

Esperaba que me mandase una señal desde algún sitio, revisaba las páginas de los periódicos más insólitos, pero era obvio que se había vuelto más cauteloso. Un día, recibí una postal. Sin remite.

«Saludos desde Zúrich, tengo algo en mente, si sale, te escribiré».

Solo podía ser él. No volvió a escribir en los meses siguientes, pero me apresuré a aceptar la invitación para una estancia breve en su literaturhaus.

Y bien, disponía de casi un mes aquí, los domingos vagaba por las calles desiertas, disfrutaba del sol que se demoraba en la colina y, al atardecer, uno podía ver a lo lejos, al fondo del paisaje, los picos de los Alpes cambiar sus tonalidades a un violeta frío. Intuía por qué todos acababan aquí. Zúrich es una ciudad buena para envejecer. También para morir. Si existiera una especie de geografía europea de la edad, tendría la siguiente distribución. París, Berlín y Ámsterdam serían para la juventud, con toda la informalidad, el olor a porro, el sabor de la cerveza en Mauerpark tirado a la bartola sobre el césped, los mercadillos de los domingos, la frivolidad del sexo... Luego vendría la madurez de Viena o

Bruselas. Un ritmo más pausado, la comodidad, los tranvías, los buenos seguros médicos, los colegios para los niños, algo de carrera profesional, el funcionariado europeo. Venga, vale, para los que todavía no quieren envejecer: Roma, Barcelona, Madrid... El buen comer y las tardes cálidas compensarán el tráfico, el ruido y el ligero caos. Podría añadir Nueva York a la juventud tardía, por qué no, la considero una ciudad europea que debido a las circunstancias terminó desplazada al otro lado del charco.

Zúrich es una ciudad para envejecer. El mundo se ha ralentizado, el río de la vida se ha estancado en un lago de aguas quietas, el lujo del aburrimiento y el sol en la colina para los huesos viejos. El tiempo en toda su relatividad. No es nada casual que dos de los más importantes «descubrimientos» del siglo pasado acerca del tiempo hayan tenido lugar precisamente aquí, en Suiza: la teoría de la relatividad de Einstein y La montaña mágica de Thomas Mann.

No había venido a morir a Zúrich, aún no, iba caminando por las calles, necesitaba esta pausa, intentaba terminar una novela que se estaba desangrando, abandonada por la mitad, y esperaba encontrarme con Gaustín, así, sin más, en el tren al Zürichberg o sentado en el cementerio de la colina de Fluntern, junto a la estatua de Joyce. Pasé unas cuantas tardes allí. Junto al Joyce que fuma, de piernas cruzadas y con un pequeño libro abierto en la mano derecha. Su mirada levantada del libro para dar tiempo a que las frases se mezclen con el humo de su cigarrillo, los ojos entornados detrás de las gafas, como si en cualquier momento fuese a girar la cabeza hacia ti para exclamar algo. Creo que es una de las estatuas mortuorias más vivas que he visto. He recorrido los cementerios del mundo, como todos los que tienen un miedo mortal a la muerte y al morir (en realidad, ¿a qué le tenemos más miedo, a la muerte o al morir?), que quieren ver la guarida de su miedo, convencerse de que es un lugar pacífico, silencioso, que, de hecho, está pensado para las personas, para el descanso... En fin, un lugar al que acostumbrarse. Aunque no puedas acostumbrarte. ¿No es extraño, me dijo Gaustín una vez, que siempre mueran los otros, nunca nosotros?

9,

Y bien, no me topé con Gaustín ni en el cementerio ni en el seilbahn al Zürichberg. Mi estancia tocaba a su fin, estaba sentado al sol en la terraza del café Römerhof con una búlgora y charlábamos tranquilamente,

disfrutando la ventaja de nuestro poco frecuentado idioma, con la certeza de que nadie entendería una sola palabra de nuestros comadreos. Todo lo comentábamos sin pelos en la lengua: desde los visitantes del café y las rarezas de los suizos hasta la eterna fatalidad que entraña ser búlgaro, tema este capaz de llenar cualquier pausa incómoda en la conversación. Para un búlgaro, quejarse es como hablar del tiempo en la borrasca Albión: siempre procede.

En ese instante, un respetable caballero hermosamente envejecido que tomaba café a nuestro lado se giró y se dirigió a nosotros con la más apacible voz búlgara (por lo normal, «apacible» y «búlgaro» no casan del todo bien). Perdonen la indiscreción, pero soy incapaz de apagar los oídos cuando escucho un búlgaro tan hermoso.

Hay voces que enseguida cuentan una historia. Aquella era una voz emigrante, de la vieja emigración. Es asombroso cómo conservan su búlgaro sin acento, tan solo algunas vocales se habían quedado en las décadas de los cincuenta y de los sesenta del lenguaje, lo que lo dotaba de cierta pátina. La incomodidad por haber sido pillados in fraganti pronto se desvaneció. Al fin y al cabo, no habíamos dicho ninguna maledicencia del caballero.

Y comenzó así una de esas conversaciones entre compatriotas que se han encontrado por casualidad. Mi rol era más bien el del escucha. Pasó una hora, pero qué significa una hora en décadas de ausencia. Nuestra dama se disculpó, y los dos nos sentamos entonces a la misma mesa. ¿Tendría usted un poco de paciencia conmigo?, solo quiero terminar de contarle esta historia, y por supuesto que la tenía. Al inicio de la conversación, el sol seesteaba en las vitrinas del café, y el reloj marcaba las tres de la tarde; después las sombras de las tazas se inclinaron, las nuestras también, el frescor del crepúsculo se aproximaba, pero sin excesivas urgencias: se apiadaba de nosotros y nos dejaba tiempo para terminar una historia acontecida hace más de medio siglo.

Era un hombre con una mente absolutamente rigurosa. A veces se detenía para buscar la palabra apropiada. Espere, estoy traduciendo del alemán, un momento, ya viene, aquí está, la palabra es... Y proseguía. Hijo de un olvidado escritor y diplomático búlgaro, con una infancia transcurrida en vísperas de la guerra en las embajadas de Europa. Yo sabía de su padre, lo que lo alegró no poco, aunque prefirió no mostrarlo. Luego viene la clásica historia búlgara posterior a 1944: su padre fue despedido, juzgado,

enviado al campo de concentración de Bélene, apaleado, aterrado, destrozado; su piso fue confiscado y entregado a un escritor «adecuado», mientras que su familia y él eran confinados en otra vivienda a las afueras.

Mi padre nunca pronunció una palabra sobre lo que le había ocurrido en el campo de concentración, nunca, dijo mi interlocutor, llamémoslo Sr. S. Tan solo en una ocasión en la que mi madre había hervido patatas y se disculpó porque no estaban del todo hechas, a él se le escapó algo. No pasa nada, las he comido crudas, dijo, entonces hozaba en la tierra como un cerdo. Y volvió a enmudecer, como quien ha hablado más de lo necesario.

Luego el propio Sr. S., como era de esperar, fue encarcelado durante quince meses, principalmente por ser hijo de su padre, pero también por si acaso, después de los eventos húngaros del 56. Después la vida más o menos se estabilizó, se dijo que no pensaría en la cárcel ni en los agentes secretos que seguían espiándolo, pero una noche, mientras esperaba el último tranvía, vio un escaparate del todo vacío y se quedó con la mirada clavada en él. Solo una bombilla colgaba de un cable, irradiando la exigua luz.

Bombilla, cable y un escaparate vacío.

No podía apartar la mirada. En una especie de duermevela, oyó cómo el tranvía frenaba con un chirrido, esperaba un poco, luego cerraba las puertas y se iba. Se quedó mirando el filamento luminoso de aquella sencilla bombilla eléctrica que colgaba como si estuviera ahorcada. Y entonces se me iluminó la bombilla, dijo, me asaltó esa idea que siempre me había estado ocultando a mí mismo: tengo que irme de aquí. Se me iluminó la bombilla, repitió, y soltó una risa. Era 17 de febrero de 1966, tenía treinta y tres años.

De ahí en adelante todo quedó subordinado a ese pensamiento, tenía un plan. Cambiar su trabajo por alguno en el que buscasen obreros para la RDA. Despedirse de todos sin que nadie se diese cuenta. Primero, de su mejor amigo; luego, de la mujer con la que estaba. No se delató ante nadie, ni siquiera en casa. Cuando se marchaba, su padre solo le dijo cuídate, y le dio un abrazo más largo de lo habitual. Su madre tomó un cuenco con agua y lo vertió en la escalera ante sus pasos para desearle buen viaje, antes nunca había seguido esa costumbre. No volvieron a verse más.

Rumbo a la RDA, se apeó del tren en la estación de Belgrado para fumar un cigarrillo y desapareció entre la muchedumbre. Dejó la maleta en el tren. Hacía años, su padre había sido embajador en Belgrado, el Sr. S.

había pasado allí los primeros años de su infancia. Y todavía recordaba cómo había comenzado la guerra: con un telegrama por valija diplomática el 1 de septiembre de 1939. Cuando era niño pensaba que las guerras empezaban así, con un telegrama. Desde entonces no me gustan los telegramas, dijo el Sr. S.

Un amigo de su padre lo recibió aquí meses después, en este preciso lugar, tal día como hoy, recién llegado a Suiza tras muchos traslados y peripecias, y el Sr. S. tomó con él su primer café en Zúrich. Hacía el mismo sol. Desde entonces venía todos los años en la misma fecha.

¿Algún arrepentimiento, tristeza, al menos al principio?

No, dijo rápido, como si tuviera la respuesta preparada. No, nunca, nunca. Sentía curiosidad por este mundo, viví en él de niño, hablaba su idioma y, al fin y al cabo, me escapé de un sitio donde me metieron quince meses en la cárcel, me escapé de una cárcel.

Por la rapidez con la que lo dice, me da que no ha dejado de pensar en ello.

Me habló de una comida con su amigo Gueorgui Márkov —lo llamó «Jerry»— en Londres, tres días antes de que fuera asesinado. Estaba claro que esa historia todavía le ponía los pelos de punta.

Yo iba en coche y Jerry quiso venir conmigo, tenía unos asuntos que atender en Alemania, pero solo podía partir al cabo de tres días y yo tenía que volver a casa. Fuimos a ver a su jefe a la redacción de la BBC para preguntar si le dejaría salir un poco antes. Le dijeron que debería buscar a un sustituto, él agitó la mano y abandonó la idea. Me fui solo, me quedé unos días en Alemania, luego me dirigí a Zúrich, compré el periódico en la estación, lo abrí y frente a mí: la foto de Jerry, el mismo al que había abrazado una semana antes, muerto.

La conversación derivó hacia otros temas, ya había oscurecido del todo, mi interlocutor se sobresaltó, tenía que haber llamado a su mujer. Y entonces, mientras nos despedíamos en la puerta, dijo de pronto: ¿Sabe usted?, aquí vive un compatriota nuestro con quien entablé amistad. Él, igual que usted, tiene oído para el pasado. Lo estoy ayudando, ha puesto en marcha algo, una pequeña clínica para producir pasado, así es como se refiere a ella...

¿Gaustín?, casi grité.

¿Lo conoce usted?, respondió el Sr. S. francamente sorprendido.

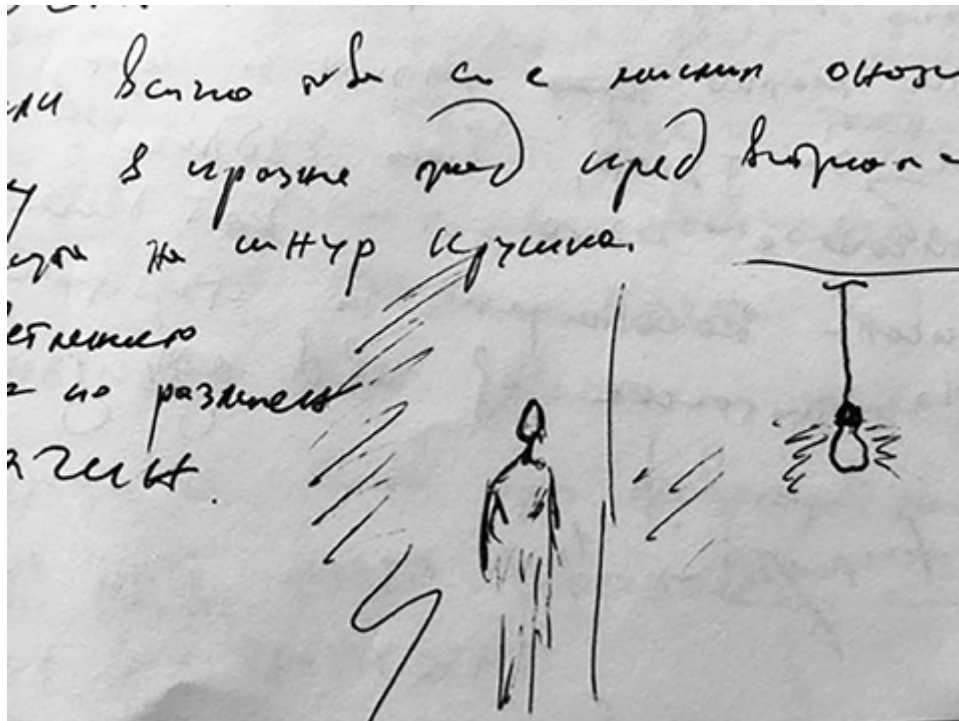
A él nadie lo conoce, dije.

Así fue como Gaustín eligió aparecerseme esta vez: a través de un encuentro fortuito con el Sr. S., emigrado de Bulgaria, en la cafetería Römerhof de Zúrich, una tarde cualquiera.

Conservo los apuntes de aquel encuentro con el Sr. S., anoté al vuelo una pequeña parte de las historias que escuché esa tarde. Estuve pensando luego en la rapidez con la que negó la tristeza por su pasado búlgaro. Había apuntado que, por lo visto, si querías sobrevivir en tu nuevo hogar, más te valía arrancarte de cuajo tu pasado y arrojárselo a los perros. (Yo no podía).

Ser inmisericorde con el pasado. Porque el pasado mismo es inmisericorde.

Ese órgano atrofiado, una suerte de apéndice que de otra manera se inflamaría con el tiempo, punzaría y dolería. Si puedes vivir sin él, córtalo y márchate, si no, es mejor que te quedes quietecito. Me pregunto si eso se le pasaría por la cabeza aquella noche en Sofía mientras observaba la bombilla desnuda colgando en el escaparate vacío. La iluminación llega de formas distintas. Al final de mis ilegibles apuntes he bosquejado esto:



El viejo Sr. S. tuvo una larga vida y más tarde pasaría sus últimos días en el sanatorio del pasado, la clínica de Gaustín que él mismo había ayudado a sufragar. Se fue feliz, me parece, en uno de sus recuerdos favoritos, uno que me había contado durante nuestro primer encuentro. Gaustín y yo estuvimos a su lado, pidió una tostada, llevaba un mes con intravenosas y no podía comer, pero solo el olor le era suficiente.

Es pequeño, su padre vuelve a casa, ha cobrado los honorarios por alguna traducción, en el ultramarinos se ha gastado todo el dinero en mermelada y mantequilla. Tras días comiendo solo patatas, le tuesta una gran rebanada de pan blanco, la unta bien de mantequilla y mermelada con un dedo, ríen, y su padre, que por lo demás es un hombre severo que evita malcriar al niño, lo toma en brazos y lo alza sobre sus hombros. Pasean de ese modo por el cuarto, se detienen en el centro y el pequeño S. observa frente a sí la pequeña espiral incandescente de la bombilla, que ahora es capaz de rozar con la cabeza.

10,

A primera hora de la mañana siguiente me plantaba en la Heliosstraße con la dirección que me había dado el Sr. S. Muy pronto, en la orilla occidental del lago, di con el edificio color melocotón. Estaba separado de las otras casas de la colina, era un edificio rígido y luminoso a la vez, de cuatro plantas más un ático, con una amplia terraza corrida en la segunda planta y balcones más pequeños en los demás pisos. Todas las ventanas daban al suroeste, lo que hacía que las tardes fueran infinitas y que los rezagados destellos azulados anidaran en ellas hasta el último instante. Los postigos azul celeste de las ventanas de las buhardillas contrastaban suavemente con el pálido tono melocotón de las paredes.

Todo el prado delantero estaba salpicado de nomeolvides, en algunas partes estallaban peonías y unas grandes amapolas rojas. Pero los diminutos nomeolvides azuleaban en medio del verde suizo del césped. Estoy convencido de que hay un verde suizo, no sé cómo es posible que todavía nadie lo haya patentado. ¿Era algún tipo de broma el hecho de plantar nomeolvides delante de un centro de psiquiatría geriátrica? Subí a la última planta, donde estaba la clínica de Gaustín, el alquiler de los años venideros

pagado de antemano por el Sr. S., llamé al timbre y el propio Gaustín en carne y hueso, jersey de cuello vuelto y gafas redondas, me abrió la puerta.

¿No te ibas a Nueva York en 1939, la última vez que te vi?, dije fingiendo indiferencia. ¿Cuándo has vuelto?

Después de la guerra, respondió impertérrito.

¿Y qué vamos a hacer ahora?

Haremos habitaciones situadas en épocas distintas. Para empezar.

¿Habitaciones en el pasado? Suena como el título de algo...

Sí, habitaciones en el pasado. O una clínica del pasado. O incluso una ciudad... ¿Qué me dices? ¿Te apuntas?

Me acababa de divorciar, alimentaba la idea de ganarme la vida inventando historias. Me tentaban los años sesenta, sabía introducirme con facilidad en cualquier pasado, tenía, desde luego, mis años preferidos. Nada me impedía quedarme una temporada, unos meses, nada más. (Me acordé de Hans Castorp y su intención de quedarse solo tres semanas en la montaña mágica...).

Gaustín había alquilado una de las tres viviendas en la última planta. El cuarto más pequeño, junto a la puerta de entrada, «el cuarto de la sirvienta», como lo llamaba —y es probable que ese fuera exactamente su propósito—, era ahora su despacho. Las otras tres habitaciones de la vivienda, incluido el pasillo, estaban en otra época. Abres la puerta y te plantas directamente en el siglo xx, a mediados de los sesenta. En el recibidor, el clásico conjunto de banco y perchero de piel sintética verde oscuro, ribeteada con tachuelas. Solíamos tener uno igual en casa. He de decir que, aunque haya nacido a finales de los sesenta, guardo un vivo recuerdo de aquella década, de principio a fin. Forma parte de mi infancia búlgara. No por ninguna razón de orden místico, ni mucho menos (aunque sigo creyendo que la memoria se hereda en línea recta: los recuerdos de tus padres se convierten en los tuyos propios). No, la causa es de lo más trivial: sencillamente, los años sesenta, como todo en Bulgaria, llegaron con algo de retraso, unos diez años más tarde, durante los años setenta.

Del perchero colgaba un abrigo verde pálido con dos filas de botones de madera. Recuerdo cómo me detuve en seco al verlo la mañana en la que entré allí por primera vez. Ese era el abrigo de mi madre. En cualquier

momento podría abrirse la puerta del salón, el típico vidrio texturizado centellearía y ella haría su aparición: joven, veintipocos, mucho más joven de lo que yo soy ahora. Aunque, cuando tu madre se te aparece con veinte años, tú automáticamente te conviertes en un niño y en ese instante de incomodidad y alegría no sabes si darle un abrazo o solo gritar, como si tal cosa, mamá, he vuelto, me voy a mi cuarto. Todo esto no duró más que un segundo... O un minuto.

Bienvenido a los sesenta, dijo Gaustín observando mi turbación en el recibidor de la década con una sonrisa mal disimulada. Todavía no quería salir de la transfiguración y me fui directo al cuarto de niños. Dos camas individuales con sendas colchas amarillas de hilo largo de algún tejido artificial (lo solíamos llamar le-de-ka, probablemente alguna abreviatura), el arcón marrón entre ellas, las dos camas se juntaban perpendicularmente en el arcón. Miré a Gaustín, él comprendió, asintió con la cabeza y yo me tiré en la cama, tal cual, con mi traje, zapatos y cuerpo de cincuenta años para aterrizar en mi cuerpo de ocho años en medio del cosquilleo de los hilos del cubrecama...

El papel pintado, cómo pude haberlo olvidado, el papel pintado era una auténtica epifanía. Este de aquí: con un castillo y lianas verdes, muy parecido al de mi cuarto, unos rombos de verde claro y plantas trepadoras, solo que en vez de castillo había una cabaña escondida en mitad del bosque con un pequeño lago delante. Cientos de cabañas verdes con sus verdes lagos. Mientras me adormecía solía transportarme a la cabaña del papel pintado, mientras que las mañanas me devolvían bruscamente a patadas al piso de paneles prefabricados con el desagradable pitido del despertador. Miré el escritorio y, sí, el despertador seguía allí, no exactamente el mismo, un poco más... cómo decirlo, más abigarrado y occidental, con un Mickey Mouse en la esfera.

Y aquí comenzaban las diferencias. El niño que no era yo tenía toda una colección de aquellos coches pequeños y brillantes de color «metalizado» —así nos referíamos a aquel tono—, como el de los coches de verdad. Con puertas que se podían abrir y con verdaderas ruedas de goma. Desde el Ford Mustang, pasando por el Porsche, Bugatti, Opel y Mercedes, incluso un pequeño Rolls Royce de metal... Me conocía de memoria todos esos modelos, sabía cuál era su velocidad máxima y, lo más importante para nosotros, en cuántos segundos aceleraban de 0 a 100 kilómetros por hora.

Yo tenía la misma colección, pero de los cromos que venían con los chicles. Me levanté de la cama, tomé uno de los coches y me dediqué a abrir y cerrar las puertas con el dedo índice y a hacerlo rodar sobre el escritorio. Un compañero de mi clase tenía uno igual en casa. Se lo había traído su padre, que era camionero. (Oh, qué sumamente importante era tener un familiar camionero que hubiera visitado aquel país incierto llamado «extranjero» y te hubiera traído unos auténticos vaqueros Levi's, una de esas chocolatinas duras y angulosas, las Toblerone, que nunca llegaron a gustarme, una góndola veneciana de aquellas que sonaban y se iluminaban y servían de lamparitas de noche o un cenicero en forma de Acrópolis...). También allí, como aquí, pude ojear algún número desfasado de la revista Neckermann, que no era sino un catálogo alemán para la venta telefónica de artículos que en realidad jamás lograrías adquirir, de modo que la revista perdía al instante su carácter utilitario para transformarse en un objeto estrictamente artístico. Y erótico, me atrevo a añadir desde la altura de mis diez años de entonces, sobre todo en lo referente a la sección de ropa interior. Nunca olvidaré aquellas revistas, colocadas a la vista sobre una mesita redonda de mármol en el salón de la casa de mi compañero, junto al teléfono, porque antaño el teléfono era un mueble más de casa. Sin embargo, el auténtico tesoro no era el teléfono, sino el catálogo Neckermann. Sabías que nunca llegarías a poseer ninguna de aquellas deslumbrantes maravillas, pero ellas existían, en alguna parte, igual que existía el mundo en el que existían ellas.

Los pósteres de las paredes de este cuarto también eran algo diferentes. El recorte de periódico con la alineación del Levski de la temporada 1976/77 que colgaba de mi pared había sido sustituido aquí por la alineación del Ajax de la temporada 1967/68, un enorme y brillante póster con, ¡guau!, la firma del mismísimo Johan Cruyff, el ídolo de mi padre. Es decir, mi propio ídolo... Yo era Cruyff, y mi hermano, Beckenbauer.

Yo tenía a los Beatles en la pared, mi posesión occidental más preciada, adquirida por medio de un trueque con mi compañero, el hijo del camionero, a cambio de quince canicas «lagrimita» y tres «sirios». El niño que vivía a través del espejo en el mundo occidental tenía una pared con pósteres colgando de forma caótica que, observados atentamente, narraban todo el bildungsroman de su adolescencia. Desde Batman y Superman, superhéroes ausentes de mi infancia del Este (reemplazados por los más disponibles Kralí Marko y Winnetou), pasando por el Sergeant Pepper, una foto en blanco y negro en pose de lolita de la joven Brigitte Bardot, la

melena suelta, paseándose en bikini por la playa en alguna de las películas de Roger Vadim, otras tres tías buenas anónimas, probablemente playmates de los sesenta, y así hasta llegar a Bob Dylan con guitarra y cazadora de cuero. Yo tenía a Vysotski.

Este cuarto es solo para chicos, comenté.

También los tenemos para chicas, si te apetece ver Barbies y Kens. Sigamos.

La sala de estar era amplia y luminosa, el filodendro en el rincón al lado de la ventana y el junco en el jarrón de cerámica frente al mural fotográfico de la pared me arrojaron otra vez a aquella década. Recordé que solíamos quitar el polvo de las hojas del ficus y del filodendro (vaya nombre) con un trapo empapado en cerveza. Alguien había dado con aquel truco casero y el resultado era que las salas de estar de todo el país apestaban a taberna.

Pero el mural fotográfico de la pared era la auténtica epifanía. El epítome del kitsch. Gracias a otro camionero, amigo de mi padre, incluso nosotros habíamos forrado la pared con uno: un bosque otoñal con el sol resplandeciendo entre los árboles. Mi compañero de clase tenía en la pared una playa hawaiana con una chica en primer plano. Este de aquí recordaba más al suyo: una playa infinita y el sol poniente recortándose contra el océano. Qué va a ponerse uno de mural fotográfico en Suiza; no va a ponerse el monte Cervino o los Alpes.

Helo ahí, el pequeño baúl del televisor, incómodamente erguido sobre sus cuatro largas patas. Exactamente igual que el nuestro.

¿Es un Ópera? Miré asombrado a Gaustín.

No. Un Philips. Adivina quién le robó el diseño a quién.

En efecto, la forma y los botones y todo lo demás era exactamente igual. La división de espionaje industrial de la República Popular de Bulgaria no se dedicó solo a contar moscas. En cambio, los nuestros no plagiaron estas hermosas sillas Tulipán. A saber por qué. Solo las he visto en las películas y en el dichoso catálogo Neckermann. Alargadas, cósmicas, aerodinámicas, de un rojo vivísimo. Y de una sola pata; mejor dicho, «tallo». Por supuesto, enseguida quise sentarme en una. También quise meter la mano en el cuenco encima de la mesa y atrapar un bombón de chocolate envuelto en papel de estaño. Hice el amago, pero me detuve en seco.

Aguarda. ¿Cuándo fueron hechos estos bombones?

Están frescos; son de los sesenta, sonrió Gaustín.

El pasado ¿tiene fecha de caducidad?

La sala de estar era gigantesca. Una puerta corredera separaba la parte este en una suerte de despacho y biblioteca. Sobre la mesita alta había una máquina de escribir roja, una Olivetti Hermes Baby, con un folio en blanco vuelto en el rodillo. De repente quise, a través de los dedos lo quise, teclear algo, sentir la resistencia de las teclas, oír el timbre al final de la línea y girar la palanquita para pasar al siguiente renglón. Un deseo de una era en la que escribir supuso un esfuerzo físico.

El despacho fue idea mía, confesó Gaustín, siempre he querido tener un cuarto propio, un pequeño despacho con libros y una máquina de escribir como esta. No encaja del todo con el estilo de los sesenta, entonces se dejaban los libros en cualquier parte, por el suelo, donde buenamente se pudiera... Pero he de decirte que la máquina de escribir está cosechando un enorme éxito. Todos se alegran cuando la ven, insertan los folios, empiezan a teclear.

¿Qué escriben?

Casi siempre sus nombres, a la gente le gusta ver su nombre en letras impresas. Por supuesto, me refiero a los que todavía están en una fase temprana de la enfermedad. Los demás se dedican simplemente a golpear las teclas.

Recordé que de pequeño yo hacía exactamente lo mismo en la máquina de escribir de mi madre. Salía un texto extraño.

Жгмццрт NоNоNоNокктррпх ггфпр
11111111
....ВНТГВТГВНТГТГТ
777
ppp...

Un posible código que jamás lograremos descifrar.

¿Por qué Suiza, precisamente?, le pregunté a Gaustín, mientras tomábamos asiento en la sala de estar de los sesenta.

Digamos que siento un especial apego por La montaña mágica. Lo intenté en otros lugares, pero solo aquí di con personas que creían en mi idea y que decidieron invertir en ella. Solo aquí había suficientes individuos dispuestos a pagar para morir felices...

Me asombraba lo cínico que podía llegar a ser algunas veces.

Me quedo con lo de La montaña mágica, dije.

La verdad es que Suiza es el país perfecto, pensé, debido al «grado cero del tiempo». Un país sin tiempo puede ser poblado con más facilidad por todos los tiempos posibles. Un país que había logrado escabullirse, incluso a través del siglo xx, sin las marcas distintivas que te mantienen en una época concreta.

Hay mucho por hacer, dijo Gaustín, limpiando los cristales de sus gafas redondas. Lo que ves aquí son los años sesenta de la clase media, el pasado es caro y por ahora no todo el mundo puede permitírselo. Pero sabes bien que ni todo el pasado ni toda la juventud fueron así. Deberíamos tener los años sesenta de los trabajadores, los cuartuchos de alquiler de los estudiantes... Más los sesenta de aquellos que vivieron en Europa del Este, nuestros sesenta. Algún día, cuando esto empiece a marchar, seguía Gaustín, montaremos clínicas similares en otros países. El pasado también es un asunto local. En todas partes habrá casas de otros años, pequeños barrios, algún día tendremos pequeñas ciudades, tal vez incluso un país entero. Para pacientes con la memoria desvaneciéndose, con alzhéimer, con demencias, lo que tú quieras. Para todos aquellos que ya viven únicamente en el presente de su pasado. Y para nosotros, dijo por fin tras una breve pausa, soltando una larga bocanada de humo. No hay nada casual a día de hoy en esta avalancha de personas que han perdido la memoria... Están aquí para decirnos algo. Y, créeme, algún día, más pronto que tarde, muchos empezarán por sí solos a descender al pasado, a «perder» la memoria por propia voluntad. Se avecinan tiempos en los que cada vez más personas desearán cobijarse en la cueva del pasado, volver atrás. Y no por buenas razones, precisamente. Debemos tener preparados los refugios antiaéreos del pasado. Llámalos «cronorrefugios», si lo prefieres, o «refugios históricos».

Por aquel entonces no entendía a qué se refería. Igual que nunca sabía con seguridad cuándo estaba de broma, o si alguna vez siquiera estaba de broma.

Según Gaustín, para nosotros, el pasado es el pasado. Y, cuando nos adentramos en él, sabemos que la puerta del presente sigue abierta, podemos volver con facilidad. Para aquellos que han perdido la memoria, esa puerta está cerrada a cal y canto y para siempre. Para ellos, el presente es un país extraño; el pasado es su patria. Lo único que podemos hacer entonces es crear un espacio en sincronía con su tiempo interior. Si en mi interior es 1965, decía Gaustín, yo tengo veinte años y vivo de alquiler en un ático en París, en Cracovia o detrás de la Universidad de Sofía: hagamos entonces que, en el mundo exterior, aunque sea entre las cuatro paredes de una sola habitación, también sea 1965. Quién sabe si algo así puede ser terapéutico o si incluso podría llegar a regenerar las neuronas. Pero les brinda a estas personas el derecho a la felicidad. El recuerdo de la felicidad, para ser precisos. Asumimos que el recuerdo de la felicidad es un recuerdo feliz, pero ¿quién sabe? Ya verás, seguía Gaustín, cómo empiezan a contar historias, a recordar cosas, y eso que algunos llevan meses sin pronunciar ni una sola palabra. Oh, recuerdo perfectamente esta lámpara, estaba en el salón de casa, luego mi hermano la rompió de un balonazo, luego... ¿Qué hace aquí nuestro sofá?... ¿No debería ir ahí, más pegado a la pared?...

Yo también pedí un cigarrillo, había dejado de fumar hacía cinco años, pero ahora estábamos en otro tiempo, maldita sea, la época de antes de dejarlo. Y de antes de empezar, para ser precisos, pero bueno. Permanecimos en silencio un instante, observando cómo el humo de los sesenta serpenteaba bajo la lámpara esférica. Alguien había dejado casualmente sobre la mesita los números de enero de 1968 de Time y Newsweek. Toda la contracubierta de una de ellas la ocupaba un anuncio de esos mismos Pall Mall Gold, de filtro largo, y el lema: «Because it's extra long at both ends».

Recordé que, hace muchos años, cuando nos conocimos, Gaustín y yo habíamos fumado unos Tomassián de 1937 que él mismo me ofreció. Al menos habíamos avanzado unos treinta años en el tiempo desde entonces. Estuve a punto de recordárselo, pero algo me lo impidió. Por un

instante pensé que me miraría extrañado, como si nada parecido hubiera ocurrido jamás.

Verás, encendió otro cigarrillo demorando un poco la siguiente frase (recuerdo este truco de las películas de los años sesenta y setenta: das una calada profunda, haces una pausa, mantienes el humo en los pulmones y luego exhalas lentamente con los ojos entornados), voy a necesitar tu ayuda.

«Le haré una oferta que no podrá rechazar», como se decía en una escena mítica. Pero de momento yo retrasaba mi respuesta. A cambio, fingí estar enfadado.

Bueno, podrías haber dado señales de vida, entonces. He dado contigo por pura casualidad.

Creí imposible que no me encontraras. Se supone que tú me has inventado, ¿cierto?, murmuró lanzándome una puya mal disimulada. A veces me leo uno de tus libritos, o me topo con alguna entrevista que te hacen. Además, eres mi padrino, tú me pusiste este nombre; si no, aún me llamaría Agustín Garibaldi. ¿Es que ya no te acuerdas?

Uno nunca sabe si Gaustín está tomándole el pelo o no.

Dime, ¿qué se bebía en los sesenta?, dije.

De todo. Se dio cuenta y sacó del minibar un Four Roses que sirvió en sendas copas de cristal macizo. Verás, con los sofás, las mesitas, el bourbon (cheers!), las lámparas de mesa y de techo, con la música y todo el arte pop de los años sesenta no vamos a tener ningún problema. Pero el pasado es algo más que un decorado. Vamos a necesitar historias, muchas historias. Apagó el cigarrillo y enseguida encendió otro (se me había olvidado lo mucho que se fumaba en los sesenta). Vamos a necesitar cotidianidad, toneladas de cotidianidad, olores, sonidos, silencios, rostros de personas, en fin, las cosas que desencadenan los recuerdos, «mixing memory and desire», como decía ya sabes quién. Y tú tienes experiencia con aquellas cápsulas del tiempo que se enterraban antaño. Bueno, pues algo por el estilo. Dedícate a viajar, a recoger olores e historias, necesitamos historias de diferentes años, con esa «premonición del milagro», como se supone que he dicho en un relato tuyo, dijo entre risas. Todo tipo de historias, pequeñas, grandes, luminosas, que esta vez sean más luminosas. Al fin y al cabo, para algunos aquí esas historias serán las últimas.

Fuera había oscurecido. Las nubes se hacinaron sobre el lago y la lluvia empezó a caer en largos chorros. Gaustín se levantó para cerrar la ventana.

Qué cosas, en el 68 este día de hoy también caía en jueves, dijo, mirando el calendario de pared de Pan Am Airlines con top models de distintos continentes. Y también aquel día llovió, ¿te acuerdas?

Me levaté para irme. A punto ya de bajar las escaleras, me suelta así como quien no quiere la cosa:

Aquello de que nadie puede entrar dos veces en la misma historia no es cierto. Se puede. Y eso es lo que vamos a hacer.

12,

Pues bien, Gaustín y yo montamos la primera clínica para producir pasado. En realidad, la montó él, yo era solo el ayudante, el recolector de pasado. No era fácil. No puedes simplemente soltarle a alguien: aquí está tu pasado de 1965. Tienes que conocer sus historias, y si a esas alturas ya no puedes conseguirlas, tienes que inventarlas. Saberlo todo sobre ese año. Qué peinados estaban de moda, cómo de afiladas eran las punteras de los zapatos, a qué olían los jabones, el catálogo completo de aromas de aquel año. Si la primavera fue lluviosa, qué tiempo hizo en agosto. Cuál fue la canción número uno. Las anécdotas más importantes del año, no solo las noticias, sino los rumores, las leyendas urbanas. Las cosas se complicaban dependiendo del pasado que querías que te ofrecieran. ¿Querías tu pasado del este, si ese había sido tu lado del Muro? O al revés, ¿querías vivir precisamente aquel pasado que te había sido negado? Atiborrarte del pasado ajeno como si fuesen los plátanos con los que habías soñado toda tu vida.

El pasado no es solo aquello que te ha ocurrido. A veces es aquello que solo has imaginado.

13,

Hubo un caso así con Mircea, de Turnu Măgurele. Recordaba Mircea solo lo que no le había pasado. No recordaba nada del socialismo ni del curro en la fábrica, nada de las interminables reuniones del partido, los banquetes, los desfiles y los fríos almacenes, lo había borrado todo mientras su cabeza todavía funcionaba. Cuando empezó el vaciado de su memoria, dentro quedaron solo las cosas que había anhelado (esta es la palabra, qué remedio) de joven. Ya en aquel entonces lo sabía todo sobre América, la

llevaba en el corazón. Decía que siempre se había sentido americano. Tenía un amigo que en su día había escapado a Nueva York y a veces lograban escribirse unas líneas. Aquel tipo, el amigo, no hacía más que quejarse, que si aquí esto, que si aquí lo otro... Al final Mircea no aguantó más y le escribió una carta: Oye, tonto del culo, por qué sigues allí si no quieres, vuelve aquí en vez de desperdiciar esa oportunidad. Cada vez que pienso que el destino fue a repartir un solo golpe de suerte entre todos los de Turnu Măgurele, y va y le toca al agonías este... ¿Por qué no vuelves y te cambias conmigo?

Su hijo nos lo trajo a la clínica una tarde, y el tal Mircea estaba como pez en el agua, rodeado de discos, sofás, sillas y carteles de un pasado que en realidad no era el suyo. Lo recordaba todo con pelos y señales, en lugar del pasado que el destino le había otorgado en Turnu Măgurele. Lo que no le había sucedido, lo que había imaginado, había sobrevivido en su memoria a lo que de verdad le había sucedido. Seguía paseándose por calles que solo había conocido en los libros y las películas, seguía quedándose hasta las tantas en los clubs de Greenwich Village, contando con todo lujo de detalles aquel concierto al aire libre en 1981 de Simon y Garfunkel en Central Park, donde nunca había puesto un pie, o recordando a las mujeres con las que nunca había estado.

Fue una rara avis tanto aquí, en la clínica, como lo había sido en otro tiempo en su pequeña ciudad rumana.

Todas las historias sucedidas se parecen, pero cada historia no sucedida lo hace —no suceder— a su manera.

14,

Era el trabajo perfecto para mí. Al fin y al cabo, es lo que he hecho siempre, deambular como un flâneur por los pasajes del pasado. (A espaldas de Gaustín, podría decir que lo inventé precisamente para que él inventara para mí ese quehacer). Me permitía viajar, pasear sin rumbo aparente, anotar los más nimios detalles, qué más podría desear. Recoger casquillos de 1942 o ir a ver qué queda de aquel destartado 1968, que sin embargo sigue siendo decisivo para todos nosotros. Las épocas pasadas son volátiles, se evaporan como un frasco abierto de perfume. Pero si tienes olfato, algo

de su fragancia llegará hasta ti. Eso me dijo Gaustín en una ocasión, tienes olfato para el pasado, sabes rastrear otras épocas. Me convienes.

Y así, oficialmente, me convertí en una suerte de trampero del pasado. Con los años me di cuenta de que tiende a esconderse sobre todo en un par de sitios: en las tardes —la manera en la que la luz cae por la tarde— y en los olores. Y en ambos colocaba yo mis trampas.

Lo que yo tengo en mente no es un show de ninguna clase, solía decir Gaustín. Por lo menos, no es El show de Truman, ni Good Bye, Lenin!, ni tampoco Regreso al futuro... (No sé dónde ni cómo, pero sus detractores habían intentado colgarle esos sambenitos). Mi idea no está cercada por cámaras, no se transmite en directo, no hay un espectáculo detrás, no es mi intención alimentar en nadie la ilusión de que el socialismo sigue vivo, tampoco poseo una máquina del tiempo. De todas formas, no hay más máquina del tiempo que el hombre.

...

En cierta ocasión, recorriendo Brooklyn, sentí por primera vez con toda nitidez que la luz provenía de otra época. Podía datarla con exactitud, la luz de los años ochenta, de inicios de la década, quizá de 1982, en las postrimerías del verano. Una luz como de una foto Polaroid, sin contraste, suave, algo desvaída.

El pasado se va reposando en las tardes, allí el tiempo visiblemente se ralentiza, se adormece en los rincones, entorna los ojos como un gato frente a la luz que se cuela a través de las delgadas persianas. Siempre es por la tarde cuando se recuerdan las cosas, al menos es así en mi caso. Todo radica en la luz. Por los fotógrafos sé que la luz de la tarde es la más apropiada para la exposición. La luz matinal está todavía joven, aguda. La vespertina es una luz anciana, cansada y lenta. La vida real del mundo y del hombre puede describirse a través de unas cuantas tardes, a través de la luz de unas cuantas tardes, que son las tardes del mundo.

También me di cuenta de que no habría reconocido esa luz de 1982 de no haber sido por la aparición sincrónica de un aroma peculiar proveniente de esa misma década y de mi infancia. Creo que toda nuestra memoria de los olores proviene de la infancia, es allí donde se almacena, en esa parcela del cerebro responsable de los recuerdos más tempranos. Se trataba del olor

penetrante a asfalto, el alquitrán derretido al sol, el viscoso, eso es, el viscoso tufo a petróleo. Ahora Brooklyn me lo ofrecía, tal vez por el calor, o tal vez porque estaban arreglando una calzada por allí cerca, o quizá debido a las obras de al lado o por los grandes camiones que recorrían el barrio. O quizá debido a todo eso a la vez. (Añadiré aquí el olor a papel de embalaje empapado en aceite con el que estaba envuelta la bici Balkanche que mis padres me trajeron una noche. El olor a impaciencia, a algo nuevo, a almacén y tienda, un olor alegre).

Con la luz puedes hacer un mísero intento de conservarla, de fotografiarla. Puedes pintar una catedral a distintas horas del día, como Monet. Él sabía lo que hacía, la catedral es solo una martingala, una trampa para capturar los rayos de luz. Pero para los olores no contamos ni con ese ilusorio intento, no tenemos ninguna cinta ni dispositivo de grabación, no se ha inventado ningún aparato a lo largo de los milenios, ¿en qué estaría perdiendo el tiempo la humanidad!

¿No es realmente asombroso que no exista ningún dispositivo de grabación de los olores? A ver, en realidad sí que existe uno, solo uno, de antes de la tecnología, un dispositivo analógico, el más antiguo de todos. El lenguaje, por supuesto. De momento es el único del que disponemos, así que he de capturar olores con palabras y añadirlas en el enésimo cuaderno. Recordamos solo aquel olor que hemos podido describir o comparar. Es llamativo, de hecho, que ni siquiera tengamos nombres para los olores. Dios o Adán dejaron su trabajo a medias. No es como con los colores, por ejemplo, donde vas nombrando rojo, azul, amarillo, morado... No se nos ha otorgado el don de nombrar los olores de manera directa. Siempre ha de ser a través de una comparación, siempre de forma descriptiva. Huele a violetas, a pan tostado, a algas, a lluvia, a gato putrefacto... Pero las violetas, el pan tostado, las algas, la lluvia y el gato putrefacto no son nombres de olores. Valiente injusticia. O tal vez detrás de esa imposibilidad se esconda otro presagio que escapa a nuestra comprensión...

Pues bien, yo viajaba, recogía tardes y olores, los iba catalogando, hacía falta una descripción precisa y tupida y saber qué olor desencadena qué recuerdo, qué edad del hombre despierta con más fuerza, qué década podemos evocar gracias a él, los describía en detalle y se los enviaba a

Gaustín, allá en la clínica esos aromas siempre se podían procesar en caso de necesidad. Incluso se hicieron intentos de conservar las moléculas de cada uno de los olores, aunque para Gaustín se trataba de un esfuerzo innecesario. Era mucho más sencillo y más auténtico tostar la rebanada de pan o derretir un poco de asfalto.

15,

Cuando di con Gaustín y con la clínica, yo había comenzado por mi parte a escribir una novela sobre el discreto monstruo del pasado, sobre su engañosa inocencia y lo que podría ocurrir si nos diera por traer de vuelta el pasado con fines terapéuticos. Mis quehaceres en la clínica y la escritura simultánea de este libro eran como vasos comunicantes. A veces perdía la noción de lo que era real y lo que no. Las piezas de lo uno fluían hacia lo otro.

De todos modos, la cuestión principal en ambos casos era cómo crear el pasado.

¿Acaso iba a surgir alguien como Aquel y... se apiadaría de sus miembros entumecidos, del cadavérico rostro y del corazón detenido y le diría: «Levántate, Lázaro», y el pasado recobraría poco a poco el aliento, la sangre volvería a fluir bajo la piel cerosa, los miembros comenzarían a temblar, se destaparían los oídos y se abrirían lentamente los párpados?

¿No sucedería que, mientras esperamos Su llegada, proliferarían falsos profetas, médicos locos y embaucadores que se servirían del cadáver del pasado para crear una y otra vez un monstruo de Frankenstein? ¿Puede el pasado ser resucitado? ¿Sus miembros dispersos, unidos de nuevo? ¿Debe tolerarse siquiera algo semejante?

Y, a todo esto, ¿cuánto pasado puede soportar un hombre?

16, señor N.

Cierto caballero, al que llamaré Sr. N., está sentado junto a la ventana de su cuarto al final de sus días y allí trata de resucitar aquello que ya se ha acabado. La memoria lo va abandonando, igual que lo abandonaron los amigos cuando cayó en desgracia. No tiene amigos ni familiares vivos, no tiene a nadie a quien llamar. Si no existimos en la memoria de nadie, ¿existimos en absoluto?

A veces, personas desconocidas le cuentan anécdotas en las que aparece él, pero no recuerda nada de lo narrado, le parecen cosas inventadas, como si le hubieran sucedido a otro. Se topa con textos firmados con su nombre y apellidos. Tal vez tuvo cierta fama, luego lo borraron. Le aconsejan que vaya a consultar su expediente de la época comunista. Resulta que este también fue borrado, no queda casi nada. Pero consigue averiguar (se lo soplan) qué agente lo vigiló la mayoría de las veces.

Y entonces se ve obligado a llamar a ese mismo agente de aquella época. Al principio él le da largas y se niega a cualquier encuentro. El Sr. N. no tiene la menor intención de vengarse, hasta le pide perdón por molestarlo, pero le gustaría verlo por otro asunto completamente distinto. Está perdiendo la memoria y debe recoger las piezas de sí mismo antes de irse. Y la única persona cercana a su pasado que le queda es el agente.

Usted conoce todos los detalles de mi pasado mejor que nadie, mejor que yo mismo, veámonos, por favor.

Y así comienzan sus encuentros. Mantienen conversaciones largas y sosegadas todas las tardes. Ambos están ya fuera del mundo o, al menos, fuera del esquema en el que fueron jóvenes y enemigos, los más íntimos enemigos.

Parte de las historias no le dicen nada al Sr. N., como si no fueran con él. Otras abren en su memoria puertas olvidadas hace mucho. Una mujer solía visitarlo a menudo. Era una mujer muy hermosa. Todos los jueves a las tres de la tarde. A esas horas usted se quedaba solo en el piso, su esposa no estaba presente, le recuerda sin delicadeza el agente.

El Sr. N. intenta recordar, pero es en vano. Sí, hubo tardes así. Puede reconstruir hasta cierto punto la ligera sensación de culpa y la excitación de entonces. Pero ¿quién era aquella mujer y por qué desapareció después? Sin duda era valiente, puesto que se había decidido a tener una aventura con él. Debía de saber que lo vigilaban. Era algo inevitable para un hombre con su pasado. ¿Qué aspecto tenía ella? El agente la describe al detalle. Cómo caminaba por la acera, cómo los viejos del vecindario se detenían a su paso—esto suena casi a Homero—, cómo se movía, con libertad, no agobiada ni apurada con una red de la compra como las mujeres de aquí. Cómo su melena seguía la cadencia de sus pasos.

Por primera vez el agente se deja llevar y habla larga y abstraídamente. Los dos caminan bajo la sombra moteada de los castaños en la ciudad

vaciada y desteñida por la canícula. El perseguidor y su víctima, al fin juntos, codo con codo.

Año y pico después de que Gaustín y yo nos encontráramos en Zúrich, ya tenemos una sucursal búlgara de la clínica. Una espaciosa casa de campo, construida en los años treinta, no lejos de Sofía, en la zona de veraneo de Kóstenets. Me gusta venir aquí, me he autonombrado supervisor, aunque en realidad los médicos y el personal cumplen con su trabajo y, para ser sinceros, no me necesitan mucho. Me siento y observo mi pasado búlgaro desaparecer junto a estas personas que han acudido aquí al final de sus vidas. Los ancianos me fascinan desde siempre. Viví con ellos de niño. Crecimos con nuestras abuelas y nuestros abuelos, con ellos podíamos hablar, nos perdimos a toda una generación, la de nuestros padres. Ahora, cuando me encuentro uniéndome a sus filas, mi fascinación tiene, además, otra razón de ser. ¿Cómo envejecer ante el rostro de la muerte, cada vez más lejos de la vida, y cómo salvar lo insalvable? Aunque sea como recuerdo. ¿Adónde va después todo ese pasado personal?

Apegarse a la gente aquí es una sensación dolorosa, porque sabes que te estás apegando a alguien que pronto te abandonará. El Sr. N. (probablemente amnesia retrógrada) me es especialmente cercano. Acaba de ingresar en la clínica y el agente lo sigue como una sombra, viene dos veces a la semana. Se ve que él también lo disfruta o tiene la necesidad de hacerlo, porque está dispuesto a venir desde la ciudad cada vez y luego se queda aquí toda la tarde. Al principio le enviábamos un coche, luego lo rechazó y empezó a venir en el suyo. La gente necesita contarle a alguien sus historias, pienso. Incluso alguien como él. Antes no podía, luego, cuando sí podía, a nadie le interesaba. De repente, aparece alguien que aguarda cada una de sus palabras. Alguien que se ha convertido en el oído para todas las historias de aquel entonces. Alguien dispuesto a escucharlo todo. El hombre al que él mismo vigiló, que está perdiendo la memoria, borrado por segunda vez.

Cuéntame quién soy.

El agente se siente como alguien que podría manipular, debido a su ocupación siempre ha tenido ese poder, pero no tan grande como ahora. El poder de inventarte la vida de alguien, alguien que ya no recuerda mucho de

ella. Podría colarle recuerdos completamente inventados, bueno, habría que ajustarse a los escasos mojones de memoria que le siguen quedando al Sr. N. Además, nunca se sabe en qué momento emergerá algún detalle extraviado y algún rostro o frase recorrerá el quebradizo puente neuronal. Pero, por ahora, el agente, llamémoslo Sr. A., no parece albergar tal intención. También él quiere regresar a la cálida cueva del pasado.

En una ocasión, le cuenta al Sr. N., llegó usted y se sentó a mi mesa. Fue en el café Bajo la Hiedra, no muy lejos de la entrada de su edificio, que estaba en la misma calle. Solía sentarme allí para vigilar quién entraba y salía de su casa. Una tarde salió usted, se dirigió a la cafetería, miró primero a su alrededor y después se sentó a mi mesa. Había otras mesas libres, la cafetería estaba prácticamente vacía, pero usted se sentó a mi lado, ni siquiera me preguntó si se podía. Me quedé paralizado, pensé que había descubierto mi tapadera. Esperaba a ver qué diría usted y me preparaba para todo tipo de escenarios. Usted pidió un vodka, todos bebíamos vodka entonces. Incluso vodka con Coca-Cola. En una de esas bonitas botellas de cristal, ¿recuerda? En aquella época teníamos incluso Coca-Cola... En fin. Me voy bebiendo mi vodka a la espera de que usted muestre sus cartas.

No dijo nada. La media hora más lamentable de mi vida. De vez en cuando me echaba una mirada. Yo me sentía completamente descubierto. Hasta el día de hoy me sigo preguntando si sabía usted que lo estaba vigilando. A menudo la gente lo nota. Lo sabía, ¿no es cierto?

No me acuerdo, se encoge de hombros el Sr. N., indefenso.

El Sr. N. aguarda los encuentros con intensa emoción. Me da la sensación de que sigue vivo solo para poder escuchar toda la historia hasta el final. Me gusta sentarme a su lado, a veces intercambiamos unas palabras, luego permanecemos en silencio. No sé qué ocurre dentro de su cabeza, pero sospecho que él recuerda más de lo que demuestra. Quizá también esté jugando a su propio juego, el del olvidadizo, el de la víctima que aparentemente se deja llevar por el narrador y, ostentando un olvido total, adormece su cautela, obligándolo a contarle todo, incluso detalles que el otro no tenía intención de revelar.

Cuénteme, dice el Sr. N., qué tipo de camisas llevaba, qué zapatos, si me reía a carcajadas o fruncía el ceño apretando los dientes, si miraba al

suelo al andar, si iba encorvado... ¿Era feliz?, dice al cabo. Esto altera al agente, él puede decirlo todo de las camisas, el traje, la gabardina, los cigarrillos, la cerveza y el vodka que se tomaba el objetivo. Pero de su felicidad...

No hay nadie más que recuerde esos detalles, incluso las amantes y las esposas los olvidan con el paso del tiempo. Solo el agente secreto conoce los detalles. Intentemos ponernos en su lugar. Él tiene que sentarse allí y vigilar, describir lo visible. Pero lo visible es míseramente escaso. De hecho, ¿qué podría suceder realmente en el día de un hombre de cincuenta años en aquella época? Sale. Camina por la acera. Se detiene. Saca una caja de cerillas, ahueca la mano, enciende un cigarrillo. ¿Qué cigarrillos fuma? Stewardess, qué si no. ¿Cómo va vestido? Una camisa gris arremangada, el pantalón, los zapatos, ¡vaya, vaya!, los zapatos son italianos, caros, de punta afilada, esto habrá que anotar. Además, lleva un Borsalino. No mucha gente lleva Borsalino. Lo anota. Si alguien se tomara la molestia de leer como literatura todos esos miles de páginas escritas en los años cincuenta, sesenta, setenta, ochenta por todos esos agentes que escuchaban a escondidas y lo apuntaban todo, quizás obtendríamos la gran novela búlgara no escrita de aquel tiempo. Tan sórdida y mediocre como la época misma.

17, apuntes sobre la epopeya imposible

En todas las epopeyas antiguas existe un enemigo fuerte con el que medirse: el Toro del Cielo y Gilgamesh, el monstruo Grendel, su madre y al final el dragón que hiere a muerte al viejo Beowulf, todos los monstruos, toros y demás en las Metamorfosis de Ovidio, el cíclope en la Odisea y un largo etcétera. En las novelas actuales los monstruos han desaparecido, se han ido junto con los héroes. Cuando no hay monstruos, tampoco hay necesidad de héroes.

Sin embargo, sí que hay un monstruo. Hay un monstruo que nos acecha a cada uno de nosotros. La muerte, dirán ustedes. Sí, sí, la muerte es su hermana. Pero la vejez es el monstruo. Esta es la verdadera (y condenada) lucha, sin resplandor, sin fuegos artificiales, sin espadas incrustadas con el diente de san Pedro, sin armaduras mágicas ni ayudantes imprevistos, sin la esperanza de que los bardos canten tus hazañas, sin rituales...

Una batalla épica sin epopeya.

Largas maniobras solitarias, al acecho, como en una guerra de trincheras, doblarse, agazaparse, arremeter, merodear por el campo de batalla «entre el reloj y la cama», como el anciano Munch tituló uno de sus últimos autorretratos. Entre el reloj y la cama. Quién cantará las gestas de tal muerte y tal vejez.

18, señor N. (continuación)

El Sr. A. recuerda lo difícil que le resultaba inventarse tonterías para rellenar los informes. Hasta cierto punto, los tormentos del escritor no le eran ajenos. Había esperado más de su oficio, como en las novelitas o en las películas, persecuciones de coches, misteriosos visitantes, que la persona vigilada se escabullera por la ventana en plena noche. Lo que él necesitaba era un argumento, aun sin conocer esa palabra. Pero no había tal argumento. Y ahí radica la profunda ausencia de encanto cinematográfico de la vida. Solamente salir de casa, volver a casa. Incluso los amigos más íntimos del objetivo han dejado de visitarlo para evitarse problemas. Sí, la amante de los jueves es una excepción prometedora. Esto ha sido documentado, por supuesto. Pero tampoco es que fuera una aventura tan impresionante. También forma parte de lo cotidiano. Quién no tuvo alguna vez un o una amante...

A veces no sabía qué anotar, reconoce el Sr. A. No ocurría nada interesante. El Sr. N. se siente incómodo por haberle causado quebrantos de cabeza, lamenta haber llevado una vida tan anodina de la que apenas nada podía escribirse. Debería haber hecho algo un poco más... ya se sabe, pegarse un tiro en sus narices, por ejemplo, eso habría llenado fácilmente dos folios, como poco. Por otra parte, al Sr. N. le interesa (o se lo endoso a él porque me interesa a mí) precisamente la nadería de la cotidianidad, la vida con todos sus pormenores. Eso es precisamente lo que desea recordar. Ha ido borrando sistemáticamente toda excepcionalidad, si acaso es esta la palabra adecuada para referirse a las detenciones, las palizas en el sótano del n.º 5 de la calle Moskovska, la miseria y la peste a orina de la celda compartida en la cárcel de Pázardzhik, las visitas menguantes, las cartas ausentes. Todo ha sido borrado. Pero junto a eso parece haber desaparecido también lo otro, lo normal, aquello de lo que estamos hechos. Toda su documentada cotidianidad previa a la cárcel fue confiscada durante los

registros realizados en su casa. Luego le fue devuelta, pero desde entonces él no la ha tocado. Dos fotos en blanco y negro siendo niño, otra de la mili, un álbum con fotos de la boda (tras el divorcio, se lo quedó él), también en blanco y negro, una foto suya caminando por el bulevar, atrapado al paso, su gabardina ondeando al viento, se está riendo y haciendo un gesto hacia la persona que le saca la foto. Y ya. No hay ninguna fotografía de la mujer que lo visitaba todos los jueves, por supuesto.

Un día el Sr. A. viene con unas cartas, son las cartas que el Sr. N. le escribió a aquella mujer. ¿Cómo es que las tiene?, le pregunta. El agente se limita a arquear las cejas, sorprendido por la ingenuidad de la pregunta. El Sr. N. abre las cartas, las lee y se da cuenta de que no las recuerda en absoluto. Las lee con sincera curiosidad, como si no las hubiera escrito él. Y debe reconocer que le gustan. Están bien escritas, dio con las palabras. Romántico, sin pasarse. Bastante pertinaz y valiente en algunas proposiciones. Esto es nuevo, él se definiría más bien como un hombre apocado y vacilante. La última carta termina con una advertencia: lo mejor para ella sería no regresar, porque con toda seguridad lo están vigilando. Hay incluso un pobre diablo que se tira todo el santo día apostado en la cafetería de enfrente. Lo conocerás porque lleva una gorra ridícula. En ese punto el Sr. N. levanta la vista de la carta en un gesto de disculpa. No pasa nada, lo tranquiliza el Sr. A., está superado.

El Sr. N. deja las cartas en medio de la mesa. No sabe si puede quedárselas o debe devolverlas. El Sr. A. asiente con la cabeza, son para usted. Siguen tratándose de usted, y eso que a esas alturas ninguno de los dos tiene a nadie más cercano en el mundo que el otro.

Con el tiempo, la mujer de los jueves empieza a invadir cada vez más los pensamientos del Sr. N. Pero esto, más que alegrarle, le asusta, quién sabe por qué. Su imagen va emergiendo de la nada, como las antiguas fotografías durante el proceso del revelado. Lleva el pelo recogido en una coleta y tiene un mechón plateado en el flequillo. Aunque eso es precisamente lo que quería al principio, ahora su aparición empieza a parecerle amenazadora. La razón es sencilla: sospecha que esa mujer puede agrietar el dique que durante años ha ido levantando con tanto cuidado y desatar todo aquello que no le gustaría que volviera. No está seguro de

poder soportarlo. Por otra parte, si hubo alguien que le quiso, entonces es que él existió, a pesar de que no recuerde mucho de sí mismo.

Si hubo alguien a quien él quiso, eso también puede tomarse como una prueba de su propia existencia. De acuerdo, pero qué pasó después.

En su siguiente visita, el Sr. A. le trae otra sorpresa. De su pequeña cartera de cuero extrae una foto cuidadosamente envuelta. Se la entrega al Sr. N. Es una imagen en blanco y negro, el contraste entre luces y sombras es poderoso. Se aprecia una calle desierta, bajo la sombra de un árbol, en la acera, están el Sr. N. y una mujer que se inclina hacia él, tal vez quiera susurrarle algo al oído o besarlo, es difícil saberlo. Las sombras de las hojas se proyectan en su vestido.

Era la mujer más hermosa de toda Sofía, dice al fin. Estaba fuera de lugar aquí. Y fuera de época también. Muchos se morían por estar con ella, era algo notorio. Parte de los problemas que tenía usted se debían a esa circunstancia. Por supuesto, el mayor problema era lo que usted escribía y lo que decía en los cafés, sobre todo a la altura del 68. Pero también a causa de ella. Era la hija de un viejo escritor, por cierto. El tipo, que en paz descansa, no podía soportar la situación. Era un escritor mediocre, de la gran nomenclatura. La gente se mofaba diciendo que la joven había sido su única obra memorable. Ella sabía que no tenía ningún futuro con usted. Porque usted mismo no tenía futuro. Yo creo que le quería por eso mismo.

De nuevo el futuro. Si pudiera, el Sr. N. recordaría que nunca se interesó demasiado por el futuro. Los cuentos sobre el futuro en el comunismo suscitaban en él comentarios irónicos cuando tenía compañía. El futuro cósmico le resultaba igualmente confuso y sospechoso. El nuevo orden, el nuevo mundo, las nuevas personas: todo en general sonaba tan distante y hueco. Me provoca ardor de estómago ese futuro luminoso nuestro, soltó en cierta ocasión, rodeado de gente. (El suceso fue anotado al momento, claro está). Un poco después Brodsky lo formularía de un modo más hermoso: «Mis desacuerdos con aquel sistema no eran tanto de raíz política como estética». No obstante, prefiero lo que dijo el Sr. N. Sus desacuerdos con el sistema eran de raíz fisiológica.

Existe también un pasado muerto, embalsamado.

Para mi generación, el primer recuerdo de un cuerpo muerto es un recuerdo compartido. Como si el Ministerio de Educación hubiera extendido una orden (tal vez lo hizo) para que todos los alumnos, primeros cursos de primaria incluidos, visitaran el Mausoleo de Gueorgui Dimitrov. Que hicieran una reverencia ante el líder y maestro que amaba tanto a los niños y se dejaba fotografiar con ellos a pesar de su ajetreado día laboral. Que presentaran sus respetos al héroe de Leipzig, aquel que valerosamente prendió fuego al Reichstag alemán, como dijo por error uno de mis compañeros, metiéndose así en un buen lío por el que sus padres fueron llamados al colegio, seriamente reprendidos, etc. Ni el propio Goebbels logró condenarlo, y tú vas y lo llamas pirómano, le chillaba la profe a mi pobre compañero.

En fin, el primer encontronazo con la muerte es para toda la vida. El Mausoleo te lo proporcionaba en vivo y en directo, por así decirlo. Todas las muertes posteriores y todos los cuerpos difuntos serían comparados con ese primer cadáver modélico, meras copias del primero. Sabíamos que éramos unos afortunados, puesto que el mundo no abundaba en mausoleos ni en tíos disecados. Así hablábamos en susurros antes de entrar y menos mal que nadie oyó lo del «tío disecado», porque nos habríamos metido en una gorda.

Fuimos arrastrados hasta allí desde la otra punta de Bulgaria. Toda la noche zarandeados en el tren de viajeros más lento del planeta para no tener que pagar el alojamiento de una noche en la capital. De madrugada, somnolientos y legañosos, fuimos conducidos desde la estación, directamente, y se nos conminó a esperar delante del Mausoleo, engullidos por la espesa niebla de noviembre. El miedo hace su aparición cuando nos llega el turno de entrar. Pasamos entonces junto a los guardias de honor de la entrada, en apariencia petrificados. ¿Acaso los disecaron también a ellos? En el interior, los corredores discurren lúgubres, alumbrados apenas por apliques en forma de antorcha y gélidos como cámaras frigoríficas. El propio Mausoleo es un frigorífico, lógicamente. Hace la función del congelador de la nevera, ese en el que nuestras madres metían los codillos de cerdo y los pollos para que no se echaran a perder.

Nos acercamos a la sala con el cuerpo. Ya se divisa la tapa de cristal. Fuera, mi compañero de pupitre Demby me había susurrado que, si uno se

fijaba con atención en los párpados, veía que temblaban. Se lo había advertido su hermano, que ya había pasado antes por aquí.

El difunto, con sus condecoraciones en la solapa, parecía de plástico. La chaqueta y los pantalones aparentaban más vitalidad que él. Los pelos de su bigote recordaban peligrosamente a las cerdas de un cepillo para la ropa. En ese preciso instante, al pasar junto a la cabeza, percibí con toda claridad, por una centésima de segundo, cómo su párpado temblaba ligeramente. Tic tic, dos veces. El párpado izquierdo. Por poco me pongo a dar alaridos. Fue como si me hiciera una señal, por eso me guiñaba un ojo desde el sarcófago de vidrio. Cuidado, que el camarada Dimitrov todo lo ve, decía en tono amenazador la profe señalando el retrato en la pared. Qué va a ver ese mendrugo, pensaba yo para mis adentros, por eso ahora me guiñaba un ojo, me amonestaba por incrédulo. Al final resulta que es verdad que el camarada «vivirá eternamente», como no cesaban de repetirnos noche y día en el cole y en todas partes.

Menos mal que estaba por allí Demby para auxiliarme en aquel temprano terror metafísico mío. Nunca supe si él también se había pispado del guiño o por el contrario la señal había sido exclusivamente para mí, pero como buen biólogo aficionado que devoraba los libros de texto de su hermano me lo explicó todo con pelos y señales, a través de los experimentos allí descritos. Una rana muerta, me dijo, por tiesa que esté, le das una descarga eléctrica y patalea como una viva. Haremos ese experimento en sexto y lo verás claro. Por lo demás, este está igual de fiambre que la rana. Levantarse, no se va a levantar. Lo que pasa es que tiene músculos que se menean.

Todavía utilizo su explicación para serenarme cuando algún terror de cariz sobrenatural me atenaza.

20, señor N. (final)

De todas formas, ella ¿cómo acabó conmigo?, pregunta el Sr. N.

Era la mujer de un amigo suyo. Luego él se hizo uno de los nuestros, tenía sus pecados, le apretamos los tornillos. En honor a la verdad, no opuso mucha resistencia. Él era nuestra fuente principal, aunque usted siempre sospechó de otras personas, al menos eso es lo que decía por teléfono. ¿Escuchaban mis conversaciones al teléfono? El Sr. A. no se molesta en contestar. El día que su amigo se hizo con un cargo importante en el partido,

ella acudió a usted. Era un jueves por la tarde, el primero de todos los jueves siguientes.

El Sr. N. escucha y poco a poco empieza a imaginarse a esa mujer, con su larga melena, su mechón plateado en el flequillo y su andar desenfadado. Cuando caminaba por la calle, todos se daban la vuelta para mirarla. Un famoso director de teatro perdió la cabeza por ella, montó una obra, la actriz estaba representada así: el pelo recogido en una coleta, un mechón plateado... Era un secreto a voces a quién interpretaba. El director fue trasladado inmediatamente a otro teatro, la obra fue cancelada, su matrimonio se fue al garete. Aquella mujer no traía más que desgracias, dijo el Sr. A.

De todas formas, ¿por qué el agente secreto A. sigue con sus visitas? Al principio probablemente por curiosidad y por miedo a ser chantajeado. Enseguida se da cuenta de que no existe semejante peligro. Pero hay otra cosa. Si el Sr. N. no recuerda nada o casi nada de todo aquello, entonces el Sr. A. está libre de culpa, por así decirlo. Sin poder formularlo bien, él siente que, si nadie recuerda, entonces todo es posible. «Si nadie recuerda» se convierte en un equivalente a «Si no hay Dios». Si no hay Dios, dice Dostoyevski, entonces todo es posible. Va a resultar entonces que Dios no es más que una enorme memoria almacenada. Una memoria del pecado. Una nube de infinitos megabytes. Un Dios olvidadizo, un Dios con alzhéimer, podría liberarnos de todas nuestras obligaciones. Sin memoria, no existe crimen.

Entonces, ¿por qué el Sr. A. viene y cuenta esas historias? Probablemente porque el ser humano no está pensado para vivir mucho tiempo guardando un secreto. El secreto, según parece, es una formación tardía en el curso de la evolución. Los animales no parecen muy predispuestos a guardar secretos. Solo el hombre. Si hubiéramos de determinar su forma, sería algo así como un bulto granuloso y desigual. En el caso del Sr. A., no se trata de una metáfora. El bulto es real, lleva meses intentando ignorarlo, pero después de la visita al médico de hace tres semanas lo tiene todo más que claro. Encontrarse en fase terminal lo libera en muchos sentidos, pero en otros, lo oprime. Ahora es el perseguidor quien ruega a su víctima que lo escuche. La vejez iguala a todos. Se han convertido en hermanos de armas, han pasado al bando perdedor de una

batalla con un final anunciado. El Sr. A. puede por fin contarle todo. Y el Sr. N. puede por fin escuchar la verdad sobre sí.

¿Qué fue de ella?, vuelve a preguntar el Sr. N., cada vez menos seguro de querer escucharlo.

El Sr. A. podría escurrir el bulto de mil maneras. «El objetivo no representaba interés operacional»: es la frase hecha más a mano. O bien: «Otro operativo se hizo cargo de la vigilancia», etc. El Sr. A. calla, lía un cigarrillo, le tiemblan las manos. Parece que solo ahora el Sr. N. nota que en los últimos meses su interlocutor ha envejecido visiblemente, su piel se ha vuelto amarilla, su rostro se le figura demacrado de repente. Un par de semanas antes había llamado excusándose porque tenía que hacerse unos análisis.

Y entonces el Sr. A. lo confiesa todo. Cómo después de la detención del Sr. N. ella le dijo a su marido que le dejaría en ese mismo instante si no hacía algo por su amigo. Cómo hizo las maletas y se mudó al día siguiente, cómo recorrió los despachos de los jefes ella misma. Cómo solicitaba visitarlo en la cárcel, pero le contestaban que el prisionero rechazaba todo encuentro con ella. Cómo por fin llegó hasta el Sr. A. Una noche vino a su casa y quiso hablar del Sr. N. Luego le rogó que le dijera dónde estaba, que le concertara una visita. Que estaba dispuesta a todo...

De repente el Sr. N. visualiza con claridad toda la escena entre los dos. Con una sola diferencia. El cuerpo de la mujer, desnudo en mitad de la habitación, es joven y hermoso, el Sr. A. está frente a ella, pero con su edad actual, un anciano decrepito, un saco de huesos. De repente los ácidos estomacales vuelven, vuelve toda aquella náusea de sabor acre, que en absoluto era metafísica, por el contrario, tenía dimensión física y hasta fisiológica. El esófago crepita como si alguien vertiera vinagre en su interior.

Lo siento, dice el Sr. A., mientras espera petrificado a ver qué dirá el Sr. N. Diga lo que diga, será el final de esta historia.

El Sr. N. calla. Solo siente llegar unas terribles ganas de vomitar. Los ácidos han regresado. El cuerpo ha recordado y experimenta una repugnancia total. Recoge la fotografía, se levanta y se va. Si esto fuera una película, la pantalla fundiría a blanco y al poco oiríamos un disparo, mientras discurren los títulos de crédito.

Es la tarde del mundo. Un hombre camina por la acera del lado de la sombra. Además, es agosto, la tarde del año. El sol atraviesa las hojas de los árboles y proyecta una sombra moteada en las baldosas. No hay nada más, los edificios descansan con sus fachadas abrasadas por el sol, desde alguna ventana abierta se oye la música de una radio que alguien ha dejado encendida. La escena es sobria, casi de película. De frente aparece una mujer, se detiene junto al hombre, los dos están en la sombra. (El pasado absoluto es algo así: la tarde del mundo, un escondite a la sombra de un árbol). Un poco más allá, invisible para ellos, hay un hombre que los fotografía. La imagen es casi una obra de arte, ha captado bien el perfil de las hojas en la acera y en los dos cuerpos, la figura inclinada de la mujer y la calle desértica a esa hora de la tarde. Todo lo que va a ocurrir después de esta fotografía aún no ha ocurrido.

El hombre de la foto ahora está sujetando en las manos a la mujer y a sí mismo. De la pareja bajo el árbol solo queda él. Y el fotógrafo. Él es el único que no olvidará la escena hasta el último momento. Porque esa historia —lo ha recordado mientras la narraba— es la única historia de su uniforme vida. Esa mujer, también la única (desaparecida en circunstancias no aclaradas), lo ha perseguido desde entonces junto con ese hombre que ahora está aquí, desmemoriado. A esa persecución algunos la llaman culpa. Pero, como casi todos los demás, el Sr. A. no dará nunca con la palabra, ni siquiera en el instante final.

21, estratos de pasado

Un año antes de la historia del Sr. N., las cosas iban ya muy bien en la clínica, superando nuestras expectativas. Gaustín ocupaba la última planta completa del edificio con todo tipo de variantes de los sesenta. Poco después, la clínica de gerontopsiquiatría propietaria del inmueble nos invitó a desarrollar la terapia en sus departamentos. Así que, de facto, disponíamos del edificio entero. Entonces empezamos a abrir salas para el pasado y pequeñas clínicas en varios países más, incluido Bulgaria.

El alzhéimer y la pérdida de memoria en general se estaban convirtiendo en las enfermedades de más rápida propagación. Cada tres segundos alguien en el mundo desarrollaba demencia. Solo los casos registrados ya superaban los cincuenta millones, en treinta años se

triplicarían. Con una esperanza de vida cada vez más larga, era algo inevitable. Todos envejecían, los ancianos traían del brazo a sus mujeres, o al revés, ancianas con discretos diamantes guiaban a su acompañante, que sonreía incómodo y preguntaba en qué ciudad estaban ahora. A veces, tomados de la mano, los hijos o las hijas traían a ambos padres, que ya no recordaban los rostros de sus propios hijos. Venían a pasar la tarde en el apartamento de su juventud. Entraban como si estuvieran en su casa. «El juego de té debe de estar aquí, siempre lo tengo por aquí...». Se sentaban en los sillones, hojeaban los álbumes con fotos en blanco y negro, de repente se «reconocían» en alguna de ellas. A veces sus acompañantes traían consigo sus propios álbumes viejos, que situábamos con antelación estratégicamente sobre la mesita. Había también quienes solo daban un paso en alguna dirección y volvían a colocarse en el centro, justo debajo de la lámpara de techo.

A un abuelo a quien traían a menudo le gustaba esconderse detrás de las cortinas. Se quedaba allí como un niño senil jugando al escondite. Pero el juego se había prolongado demasiado, los otros niños habían dejado de jugar, se habían ido a sus casas, habían envejecido. Y nadie venía ya a buscarlo. Y él seguía detrás de la cortina, asomándose tímidamente para ver por qué tardaban tanto. Lo terrible del juego era darse cuenta de que nadie te estaba buscando ya. Por suerte, creo que no llegaba a darse cuenta.

Sucede en realidad que el cuerpo es piadoso por naturaleza: al final, un poco de amnesia en vez de anestesia. Al abandonarnos, la memoria nos deja jugar un poco, por última vez, en los eternos campos de la infancia. Unos cuantos minutos más, te lo suplico, solo cinco, por favor, como en los viejos tiempos, jugando fuera, en la calle, antes de que nos llamen a casa para siempre...

Así, el pasado y Gaustín iban invadiendo poco a poco las demás plantas de la clínica. Era necesario diferenciar los años cuarenta y los cincuenta. Habíamos empezado por los sesenta, como si de modo inconsciente estuviéramos preparando las habitaciones para nosotros mismos. Pero los pacientes nonagenarios también pedían su infancia y adolescencia. Así es como la Segunda Guerra Mundial acabó reclamando la planta baja. Lo que resultó ser una decisión acertada. En primer lugar, porque ahorrraba a los mayores el trámite de subir escaleras. En segundo, porque el sótano podía usarse como refugio antiaéreo, lo que hacía que la recreación de la década

ganara mucho en autenticidad. De hecho, la mayor parte de la gente conservaba los recuerdos asociados a los bombardeos y los refugios.

¿Ha de despertarse el miedo, el recuerdo del miedo? La clásica terapia de reminiscencia insistía en los recuerdos positivos. No obstante, para Gaustín, todo recuerdo adormecido que despertara era de suma importancia. El miedo puede ser uno de los más poderosos desencadenantes de la memoria, de modo que era preciso hacer uso de él. Por supuesto, los viajes al sótano eran raros, pero siempre daban resultado. Con los pelos de punta y conmocionados, así es como subían todos del refugio antiaéreo, asustados y vivos.

En la planta de arriba se instalaron los años cincuenta. Aquel era el reino de Elvis Presley, Fats Domino, Dizzy Gillespie, Miles Davis, se podía escuchar toda la asombrosa mezcla de jazz, rock and roll y pop, junto al anticuadamente sinfónico Frank Sinatra. Ahí estaban Con la muerte en los talones, Hitchcock, Cary Grant, Las noches de Cabiria, Fellini, Mastroianni, Dior, Bardot... El mundo se estaba recuperando de la guerra y quería vivir. Para una parte del mundo esto resultaba más fácil. Para la otra, había una zona específica al fondo del pasillo, unos cuantos apartamentos para los países del bloque del Este. Uno, para los años cincuenta de Europa del Este. Otro, solo para esa misma década en la Unión Soviética (bien financiada, por cierto). De manera similar se diferenciaron los años cincuenta en China. El pasado también es un proyecto financiero. La revolución cubana y Castro no obtuvieron una hacienda propia, pero a cambio la mitad de los que se paseaban por esta zona llevaban camisetas con la imagen del Che y se detenían delante del retrato del Comandante. El pasillo entre el Este y Occidente estaba dividido en el medio por el «telón de acero», esto es, un portón de madera que se cerraba con llave y solo podía atravesar el personal autorizado. Uno nunca sabe qué se les puede ocurrir a los de uno y otro lado, sobre todo a los de uno.

Bastó un intento de fuga. Alguien trató de saltar el «muro» (había un metro escaso de distancia entre el portón y el techo) para llegar al sector occidental. El tipo cayó a tierra y se rompió una pierna. A partir de aquella baja, un sanitario vestido de uniforme militar patrullaba permanentemente el lado oriental.

La pérdida de memoria afectaba a gente cada vez más joven. La necesidad de un piso para los años setenta fue en aumento, hasta que por fin

se le adjudicó la cuarta planta. Los sesenta fueron trasladados a la tercera. Llegado el momento, el desván se destinaría a los ochenta y los noventa.

22, la memoria del dentista

Él no recuerda rostros ni los asocia a nombres. Abra la boca para que lo examine. Ajá, ahora lo he reconocido, usted es el de la pulpitis en el sexto inferior izquierda. Kircho, ¿verdad?

Perfectamente podría hacerse una arqueología de las muelas y reconstruirse cada década según los tipos de empastes y los materiales utilizados. Bien, concluye mi dentista, sus dientes constituyen un breve pero exhaustivo repaso de los años noventa. El caos, la crisis, la primera fascinación por la metalocerámica, las endodoncias masivas, los tornillos torcidos, una pesadilla con todas las letras. Ah, si los dentistas fueran arqueólogos...

En el pasillo de la clínica dental de la ciudad donde crecí, sobre las puertas de las consultas, colgaban uno a uno los retratos de todo el Politburó, quién sabe por qué... Incluso de niños conocíamos la palabra «politburó», un hecho repugnante en sí mismo. Reconocía algunos de los rostros, sus retratos aparecían por la tele, estaban por todas partes. Estás allí, temblando, en aquel pasillo de mármol, con sus puertas blancas e idénticas. Aguzas el oído para percibir el zumbido de la turbina. A veces alguien aúlla desde el interior. Y en ese pasillo lóbrego, aséptico, yermo, los rostros de aquellos tipos te miran desde las alturas. Rostros impersonales, avejentados, indiferentes. No hay esperanza a la vista.

Así fueron los setenta: un sumatorio de mármol y vejestorios. Aquellos rostros penetraron para siempre en mi cabeza y, como el perro de Pávlov, con solo oír la turbina del dentista, los rostros se me aparecen como unos santos patrones del dolor. Y viceversa, cuando uno de esos rostros me asalta desde las páginas de un viejo periódico, enseguida siento un pinchazo en la muela.

23,

Todas las mañanas reviso las revistas y los periódicos recién llegados. La revista Time de la segunda semana de enero de 1968. En Broadway representan Rosencrantz y Guildenstern han muerto, de Stoppard. En los cines estrenan El extranjero, de Visconti. Y en casi todos los apartados, el

mismo asunto: la guerra. Uno pensaría que la Segunda Guerra Mundial no ha terminado todavía, o que ha vuelto a estallar. Se trata, claro está, de la guerra de Vietnam. Arriba, en un cuadradito, el número de soldados americanos muertos en Vietnam en 1967: exactamente 9.353. Siguen dos columnas sobre los sucesos en Checoslovaquia. Mejor dicho, los sucesos no han llegado aún, y ese titular —«Una razón para la esperanza»— acerca de la elección de Dubček pronto será desmentido. Pero estamos a comienzos de 1968, nada está claro aún. La historia todavía es noticia.

Bulgaria me asalta desde un párrafo donde se informa de que casi el veinte por ciento de los coches que circulan por sus carreteras tienen conductores oficiales (chauffeur-driven); es decir, transportan a burócratas y jefazos de todo calibre. Sin ninguna relación con esa información —aunque nunca se sabe—, en la página contigua, a todo lo ancho, brilla un enorme Pontiac rojo, tan inmenso como la calle misma. Un Pontiac Bonneville de 1968. En esa misma época, la segunda semana de enero de 1968, un jeep verde de lo más rústico (rústico pero oficial, la revista Time no erraba), de esos que tienen lona en vez de cabina cerrada, va dando tumbos por un camino de tierra en dirección al hospital de la ciudad vecina. El conductor es mi padre, y dentro del jeep viaja mi madre. Dentro de mi madre voy yo, camino de nacer.

Y he aquí que la estadística de la revista Time me atañe de forma muy personal: en la aldea no hay más coches. Quizá debido a todo el estrés de conseguir un coche para llevar a mi madre al hospital, mi padre saca todos los ahorros familiares, pide un préstamo y compra de segunda mano un Varsovia, lo que bruscamente dispara el porcentaje de coches particulares en el pueblo. El Varsovia es potente, macizo y atronador, a diferencia de aquel Pontiac rojo, y, según dice un vecino, los militares lo tienen fichado, así que en caso de movilización lo nacionalizarían, le pondrían encima un cañón de calibre corto, lo que automáticamente lo convertiría en un pequeño tanque, y al conductor, en tanquista. El asunto tiene a mi padre en un sinvivir, porque ya estamos en mayo de 1968, en Praga aflora la Primavera y el mismo vecino (agente o bromista, nunca lo supimos) afirma que habrá que ir a liberar a los hermanos checos. ¿Liberarlos de quién?, pregunta mi padre, inocente perdido. ¿Cómo que de quién?, de ellos mismos, responde el vecino, y mi padre ya se ve partiendo hacia Praga, movilizado en su Varsovia.

¿Tendría alguna idea la revista Time de las angustias de mi padre y de mi nacimiento (ocurrido por el camino, en el mismo jeep de la cooperativa rural) cuando escribió sobre las razones para la esperanza en Praga y el déficit de coches particulares en Bulgaria? ¿Tendría alguna idea mi padre de la revista Time? Lo dudo. Y, sin embargo, todo está relacionado. El jeep. El Pontiac. Dubček.

Leyendo revistas y periódicos de hace cuarenta o cincuenta años. Lo que preocupaba entonces, hoy ya no preocupa. Las noticias se han convertido en historia.

Las exclusivas han perdido toda exclusividad. El papel de las revistas se ha vuelto amarillento, un leve olor a humedad se desprende de las otrora lustrosas páginas. ¿Y qué hay de los anuncios publicitarios? Los mismos que entonces hacíamos por ignorar con desdén adquieren hoy un valor nuevo. De repente, los anuncios se han convertido en las verdaderas noticias de aquel tiempo, en la entrada a aquel tiempo, son la memoria de lo cotidiano, que es la primera en estropearse, en cubrirse con una costra de moho. Como es lógico, los objetos que se publicitaban ya no existen, lo que no hace sino incrementar su valor. Huellas de un mundo desaparecido, un mundo que se divirtió, condujo sus Pontiac, vistió pantalones blancos y sombreros de ala ancha, bebió Cinzano, se paseó por Saint-Tropez. El mismo mundo que treinta años antes, en 1939, hizo cola para aprovechar los descuentos especiales en los receptores de radio, «para que usted pueda seguir en vivo la inminente guerra», como si aquello fuera un partido de béisbol...

En 1939 el consumo de transistores dio un salto de gigante. Aquel sería el medio de comunicación de la guerra. La invasión se anunció primero por la radio, luego se transmitieron conciertos para los soldados del frente, la propaganda pasó a la onda corta y las victorias se anunciaron a los cuatro vientos, igual que se callaron retiradas y derrotas. Y, entre tanto, todo el mundo se agolpó alrededor de la caja de madera.

Adónde habrá ido todo aquello... Qué habrá sido de los aparatos y de la gente que se agolpaba alrededor, de los suplementos en color de las revistas. La niñita rubia que anunciaba la hora de irse a la cama es hoy una anciana en alguna residencia y quizá no recuerda ni su nombre.

Para mí fue toda una revelación observar a través de la puerta entornada del cuarto contiguo cómo la señora mayor que había llegado con la mirada hueca y el rostro impasible, carente de toda emoción, volvía de pronto a la vida al ver la gran radio de madera con las ciudades marcadas en el dial y comenzaba a leerlas una a una en alta voz:

Londres, Budapest, Varsovia, Praga,
Toulouse, Milán, Moscú, París,
Sofía, Bucarest...

Ahhh, Sofía, dijo ella, Sofía. En situaciones como aquella, yo debía aproximarme de un modo delicado y entablar conversación, estar dispuesto a escuchar la historia, animarla a recordar. Resultó que era emigrante de Bulgaria, su padre había sido un ingeniero alemán, se había casado con una búlgara, habían vivido en una bonita casa con jardín en un pueblo cercano a Sofía, en las faldas de una montaña... ya no recordaba el nombre. Su sobrino, que la había traído aquí, estaba junto a nosotros y no podía creer que su tía estuviera hablando, emocionándose. Supongo que este es su idioma, el búlgaro, dijo.

Para alguien que llevaba tantos años sin expresarse en aquel idioma, lo hablaba muy bien. Claro que la historia se veía resquebrajada por ciertos espacios en blanco en la memoria, en el idioma, para volver a arrancar desde otro lugar. Recordaba cómo solían reunirse todos por las noches alrededor de la radio, a la hora de la música. En cuanto a las noticias, sus padres las escuchaban sin otra compañía. La familia reunida escuchaba siempre los recitales para los soldados del frente y los conciertos de música clásica. Hablaba de la luz parpadeante de la radio, de cómo leía los nombres de las ciudades en el dial como una retahíla dispuesta allí solo para permitirle imaginar lo que había detrás de cada nombre.

Recordé que de niño hacía lo mismo, ese dial era mi primera Europa y pensaba que cada ciudad tenía un sonido diferente y que si girabas el botón—el condensador— oirías el ruido de las calles de París o a alguien discutiendo en una plaza de Londres. Imaginaba siempre a una pareja discutiendo en Londres, no sé por qué... El mundo estaba cerrado y esos nombres de ciudades eran la única prueba de que más allá del fading, de las pérdidas de señal o de los intentos deliberados de silenciarla, esas ciudades

existían y en ellas había otras personas que también se sentaban alrededor de la radio con sus hijos, y que si aguzaba bien el oído podría llegar a escuchar lo que hablaban por las noches.

Y la mujer hablaba y hablaba... Y entonces... La radio nos ordenó, schnell, schnell, rápido, tenemos que huir, las tropas rusas, yo kleine Mädchen de nueve años, un chaleco azul, rote botones... mamá... un conejito, aquí, señala la parte superior derecha de su chaleco, mamá había cosido un Kaninchen aquí... tenemos que huir, papá alemán, alemán, lo van a matar... y mi abuela grita... aquí malo, malo... tenéis que huir... el último tren y rápido, schnell, los aeroplanos vienen, disparan, ra-ta-tá, el tren para, abajo, al suelo... hierba, hierba...

Hierba...

Una pausa larga, como si el pensamiento se desvaneciera...

Hierba...

Otra pausa, de repente el recuerdo vuelve, planea como un avión sobre su cabeza... Su rostro se tuerce de miedo, levanta los brazos...

(¿Es posible? Creo que conozco de alguna parte a esta mujer...).

Su sobrino la abraza... Creo que ella ni siquiera lo ve, él no está presente en ese recuerdo, ahora ella está en 1944... su lenguaje se resquebraja del todo, se cuelean más palabras en alemán... Achtung... El tren transporta a los últimos empleados alemanes, a refugiados, a familias... los aviones lanzan bombas, el tren se detiene, tienen que saltar y tirarse al suelo. El olor a tierra, las balas alrededor de ella, el cuerpo de su madre, no menciona a su padre... pero aparece una vaca que se acerca hacia ellos, al trote, se detiene y mira alrededor, echa a correr otra vez, asustada por las bombas y el tiroteo... quítate, vaquita, grita la mujer, la niña es la que grita, quita, vaca, fuera... te matan... pero se ve que la vaca no la oye, muuu, va directa hacia la niña... y entonces un trozo de metralla (estoy rellenando los vacíos de su relato) golpea los cuartos traseros de la vaca, ella va sangrando y cojeando muuuuu, muuuu, muuu, muge la mujer, vaca, vaquita... se levanta y echa a correr hacia la vaca, su madre tira de ella con fuerza, se cae... dónde, dónde... muuu, muuu... vaca, vaca, no mueras, yo te salvo... la vaca está tumbada frente a ella meneando la cabeza... y los ojos... tiene ojos y está llorando la vaca, dice la niña anciana, llorando, llorando, y ella también está llorando...

Tante, tante, grita su sobrino en alemán con la sensación de incomodidad de alguien que está presenciando una escena prohibida, cálmate. Por favor, haga algo, se dirige a mí asustado, no ve que está llorando...

Está recordando, le contesto. Por eso llora...

¡Hilde! El nombre me viene de repente. Hilde, digo en voz alta y la tomo de la mano. Su sobrino está boquiabierto, cómo sé su nombre, es la primera vez que vienen a la clínica, yo no hice el registro de admisión. Ella levanta la cabeza y me mira. No me reconocerá. Unos veinte años atrás estaba sentado en su salón en Frankfurt, mi mujer y yo pasamos dos noches en su casa, nos puso en contacto una amiga en común. Escribí algo sobre ella en su momento: Hilde, la mujer que salvó a Alemania.

No me reconoce. Sujeto su mano, sigo hablándole en búlgaro, le digo que veo a la vaca, ahora está pastando a la diestra de Dios, al menos no estuvo sola mientras moría, estaba viendo a una niña que le hablaba... esa es una muerte feliz. Las otras vacas mueren infelices, mientras que a esa la abrazaron, ahora todo está bien, ella está bien. Me doy cuenta de que no le hablo a la anciana, sino a aquella niña de nueve años, y ella se queda callada, recostada en el sofá, deja caer la cabeza y se adormece.

25, Hilde, la que...

Te espero en el aeródromo, dice Hilde al teléfono. Su voz es luminosa. Su búlgaro, de los años cuarenta. Hay palabras que abren inesperadas puertas hacia otras épocas. Me pregunto si cuando nos veamos en el aeropuerto de Frankfurt, que es un aeródromo en toda regla, será 1945 o 2001 (el año de nuestra conversación). Da igual, a partir de entonces, «aeródromo» será en mi memoria la magdalena que me mantendrá inseparablemente unido a Hilde, junto a otros dos objetos de los que hablaré en esta historia: una olla y un sencillo pan industrial.

Por supuesto, a la hora acordada Hilde me espera en el aeródromo, espléndida a sus setenta y pocos. En el extranjero las personas envejecen de forma más hermosa y más lenta, la vejez es más piadosa allí.

Es el momento de mencionar que Hilde nació en Bulgaria y que logró tomar el último tren antes de que llegara el Ejército Rojo. Querían quedarse, el padre, un geólogo alemán, no estaba involucrado con los militares, pero

les advirtieron de que allí no les esperaba nada bueno. Hilde huyó junto con su madre búlgara y su hermano menor. El padre se quedó para ultimar algunos trámites con la casa, tomaría el tren al cabo de una semana. Murió tiroteado la noche siguiente... Hilde tenía nueve años. Viajaron casi una semana, el tren sufrió bombardeos constantes. Recuerda nítidamente el olor a hierba y a tierra a su alrededor cada vez que se acurrucaban junto a los rieles. Me cuenta todo esto mientras permanecemos en un salón que, a su vez, ha permanecido para siempre en los sesenta, con su lámpara de techo y los sillones envejecidos con sus reposabrazos de madera.

Entonces me acuerdo de sacar el pan industrial que me había pedido por teléfono. Confieso que esa petición me sorprendió. Recorrí un par de supermercados hasta dar con el sencillo pan industrial búlgaro. Quién sigue comprando ese tipo de pan a día de hoy. Hilde lo tomó con cuidado, se emocionó y salió al pasillo para que no la viera. Al rato volvió y dijo que recordaba el sabor de ese pan de la infancia. Cortó dos rebanadas, las espolvoreó con una pizca de sal y me tendió una. Era la primera vez que veía a alguien comer con tanto deleite una sencilla rebanada de pan industrial con sal.

Luego me llevó a la cocina para mostrarme algo muy especial. Abrió la parte inferior de la alacena y sacó la olla del fondo. Era una olla enorme y pesada, hecha de un material tosco y duro. Parece que han fundido tanques para fabricarla, pensé entonces y hasta lo dije en voz alta. Hilde sonrió y dijo que no tenía ni idea de cuánta razón llevaba. Esa olla había sido el primer objeto, y el más valioso, que el devastado Estado alemán había entregado a cada familia. Una olla grande hecha de armas y municiones fundidas. Sobrevivimos gracias a esa olla, dijo Hilde, hasta podrías hervir piedras en ella.

Me imaginé a la joven Hilde en medio de la devastación de los años cuarenta y cincuenta en Alemania, retirando los escombros junto a las demás mujeres, buscando ladrillos enteros, construyendo, cosiendo ropa para su hermano, haciendo cola por unas pocas patatas, sentada en la oscuridad para ahorrar electricidad. Sin quejarse, como alguien a quien le ha caído en suerte levantar un país derruido hasta los cimientos.

Nos sentamos en su humilde piso y pensé para mí que algún día tendría que contar la historia de Hilde, una niña que, sin sospecharlo siquiera, había reconstruido Alemania. Con una pesada y magullada olla de hierro fundido y el recuerdo de una rebanada de pan industrial con sal.